

decirse, en una situación de transición). Se asistiría entonces a la desaparición de la explosión demográfica que en el Tercer Mundo se da en las clases inferiores de la sociedad.

b) Por otra parte, estando el régimen definido en los términos ya aludidos, la reducción del tamaño familiar en las clases inferiores constituiría una adhesión a las solicitudes del régimen y, por vías de consecuencia, a las limitaciones impuestas por la estructura social no enjuiciada. Estando las condiciones de vida lo que son, es decir conformadas por estructuras cuyo desquicio no se visualiza, y las posibilidades de movilidad social no mejoradas³⁰, no es económicamente posible el tener más hijos. Sería de cierta manera, el triunfo del *principio de población*.

Dicha observación es muy interesante cuando se relaciona con la personalidad básica de este individuo que quiere limitar, de una manera drástica, el tamaño de su familia. La decisión lleva implícitamente una opción ideológica: el reconocimiento del principio de población se confunde con la ratificación del *establishment*. (Hemos podido verificar esta coexistencia a través de indicadores de radicalización política). Es evidente que aquí consideramos una tendencia mayoritaria que asimila, a la vez, la determinación de la "aristocracia obrera" que, al reducir el número de sus hijos, apuesta por la vía de la integración social y cultural y la resignación del *lumpen proletariat* para el cual la reducción de los nacimientos sólo es una oportunidad de sobrevivencia.

Uno puede alegrarse de una perspectiva de miseria menos extensa y de la pronta desaparición de esta imagen tradicional de la miseria encarnada en la familia proletaria numerosa. Pero —y aquí se descubre la ambigüedad del principio de población— uno debe comprobar que dicha aspiración a reducir tan drásticamente el número de sus hijos revela que una estructura de aspiraciones determinada está configurándose en los sectores desfavorecidos. Esta estructura de aspiraciones que no es sino el reflejo y la consecuencia de la ideología desarrollista implícita en todas las instituciones es significativa del debilitamiento de los gérmenes de radicalización.

³⁰ Es de interés recalcar que cuando los universitarios fijan su ideal en un tamaño de familia más alto (un promedio de 4 hijos y un 38% desea tener 5 y más hijos), su motivación es igualmente económica pero en función de otro nivel de vida y en función de la subsistencia de un sistema donde seguirán beneficiándose con privilegios.

Las clases sociales en la sociedad capitalista y en la sociedad socialista

Franz Hinkelammert,

Miembro del Consejo Deliberativo del Cerén.

LA SOCIEDAD SOCIALISTA Y LA TEORIA DE LAS CLASES

El concepto de las clases es de una variedad sumamente grande. Por lo tanto no es posible usarlo sin definirlo y, por otra parte, la definición del término de clase significa la expresión de alguna teoría de clase subyacente. Nos enfrentamos con el fenómeno de que la palabra clase es una de las más frecuentes en la discusión política, pero que a la vez tiene un sentido sumamente ambiguo.

La teoría liberal-iluminista —si bien no usa la palabra clase— bien conoce un concepto de clases. Para ella este concepto se refiere a las sociedades de desigualdad en las cuales rige la ley del más fuerte. El nuevo principio de la libertad que rige a esta ideología es el de una sociedad sin clases. La ideología liberal-iluminista identifica la vigencia de las normas universalistas de la propiedad privada con una sociedad de iguales. Ese concepto se mantiene hasta hoy en las definiciones del poder económico como un poder de compra y venta o como un poder cuantitativo lineal. Este concepto ideológico del poder económico aún hoy se puede apreciar claramente en toda la teoría económica neo-capitalista como también en toda la sociología funcionalista.¹

Es Marx quien primero desarrolla una teoría de las clases utilizando la palabra clase misma. Cuando la ideología liberal-iluminista distingue entre sociedad liberal con igualdad formal y todas las otras sociedades anteriores como sociedades formadas por el poder de los unos sobre los otros, Marx desarrolla la teoría de las clases como una conceptualización de una estructura de poder detrás de la igualdad formal de la sociedad capitalista liberal. Su teoría basa la existencia de este poder —que Marx denomina la clase dominante— en dos líneas fundamentales:

¹ Parsons Talcott: *The Social System*, Nueva York 1964, pp. 124-125.

1. La línea de la división del trabajo que se coordina con posterioridad y cuya coordinación se lleva a cabo mediante un poder de represión especial, la propiedad y el intercambio por mercadería.

2. La línea de la apropiación, que se deduce del poder represivo que da la función de la coordinación a posteriori de la división social del trabajo.

Posteriormente esta teoría de clases de Marx se desarrolló en forma muy leve. La ciencia social en los sistemas capitalistas tiene poco interés en desarrollarla porque significa la revelación de relaciones de poder que contradicen a la ideología del sistema existente. En realidad, hay una cierta ceguera respecto a este punto que se puede percibir en todos los planos de esta ciencia social. Pero para los sistemas socialistas, la teoría marxista de clases es igualmente nefasta. Si la definición del concepto clase parte de la coordinación a posteriori de la división del trabajo, la teoría de las clases marxista también revela una clase dominante en el sentido de una burocracia externa, dentro de la misma sociedad socialista, cuyo poder puede ser aprovechado simultáneamente para la apropiación del producto nacional. Para una sociedad como la sociedad soviética, será difícil entonces interpretar la distribución de los ingresos, sumamente desigual, como una consecuencia de la aplicación del principio de la justicia socialista: cada uno según su capacidad, cada uno según su rendimiento. De repente esta distribución desigual puede ser reflejo de un poder burocrático detrás de la apariencia de igualdad socialista.

Se explica entonces, que el uso más generalizado de la palabra clase se refiera más bien a agregados sociales compuestos por algún principio de estratificación gradual y cuantitativo. Ese principio puede ser, por ejemplo, el de los ingresos o —como sucede en la teoría de clases soviética— de sectores sociales (obreros, campesinos, intelectuales). Elementos de la teoría marxista de clases se usan más bien en campañas propagandísticas de difamación entre los diferentes sistemas sociales. Pero en estos casos siempre se refieren a la línea de apropiación de la teoría marxista de clases. Así, el sistema soviético vincula el concepto de clases con la propiedad capitalista utilizando más bien el término de explotación mientras que la sociedad capitalista al revés, reprocha los privilegios de los funcionarios soviéticos. Pero bajo un punto de vista científico todos estos conceptos tienen muy poca validez. La esencia de la teoría marxista de clases es su criticidad, que no adquiere ninguna de estas formas.

Todos los diferentes usos del concepto de clase hasta aquí considerados podemos unirlos en una sola denominación: clases nominales. Lo que tienen en común es la ausencia del rigor científico. Será necesario entonces intentar reestablecer el rigor científico de la teoría Marxista de clases para poder definir la situación de la clase dominante en las sociedades actuales.

Antes de entrar en esta discusión, es necesario realizar un corto análisis del último intento de desarrollar el contenido racional de la teoría marxista de clases que presentó Dahrendorf, en su libro "Clases Sociales y el Conflicto de Clases en la Sociedad Industrial". Antes que nada debemos poner en duda si su concepto de clases tiene algo que ver con la teoría de clases de Marx. A nuestro entender Dahrendorf no logra interpretar realmente el punto de partida de Marx. En un capítulo sumamente ambicioso "Las Clases", El capítulo 52 no escrito del tercer tomo de "El Capital" de Marx, trata de reestablecer la teoría de clases de Marx para dividirla posteriormente en dos partes: una correcta y una falsa.

En dicha interpretación Dahrendorf cae en el error básico de definir el concepto marxista de las clases a partir de la propiedad jurídica como un sistema de apropiación. Se le escapa totalmente la relación que hay entre estructura de clase y división social del trabajo que determina la criticidad y, por lo tanto, la esencia de la teoría de clases de Marx.

Por supuesto que esta crítica de Dahrendorf y su interpretación de lo que es la teoría de las clases de Marx, no es una crítica suficiente de la teoría de las clases que Dahrendorf propone. Pero el malentendido es significativo para la misma teoría de las clases de Dahrendorf, llevándolo a un concepto de clases profundamente diferente del concepto marxista. En Marx, la clase dominante es un producto no intencional de un sistema de valores universalistas basado en la propiedad privada. En Dahrendorf, las clases se sitúan en el mismo plano de la institución intencional. De allí ya se explica el punto de partida de la definición de las clases. Dahrendorf parte de las asociaciones de dominio (Herrschaftsverbände en el sentido de Max Weber). Dentro de ellas, las clases se forman a partir de grupos de intereses según la legitimidad de las estructuras del dominio que se ponen en juego. En este sentido el conflicto de clases es el origen del cambio social y surge, necesariamente, en todas las asociaciones de dominio existentes en una sociedad.² Por lo tanto, hay una multiplicidad de clases como también una multiplicidad de asociaciones de dominio.

En el fondo, Dahrendorf solamente describe el hecho de que en cualquier asociación de dominio necesariamente surgen conflictos entre la autoridad —que generalmente está compuesta de personas específicamente preparadas que tienen a su disposición un aparato burocrático— y las bases. Esta autoridad, por su preparación y sus conocimientos específicos, tiene necesariamente un cierto poder arbitrario, frente al cual, las bases sobre las cuales se ejerce el poder, forman un grupo de interés que lleva continuamente al conflicto. Pero Dahrendorf nada dice sobre la estructuración de estas asociaciones de dominio entre sí. Simplemen-

² Dahrendorf Ralf: Soziale Klassen und Klassenkonflikt, Stuttgart 1957, pp. 172; 204.

te forman una multiplicidad. En cuanto a la sociedad, ella es un concepto pluralista que no revela ninguna estructura no aparente o no intencional. Este hecho sale a la luz claramente cuando habla de la clase dominante. La clase dominante es sencillamente la autoridad suprema de la asociación de dominio más completa, lo cual lleva a la trivialidad de afirmar que la clase dominante se concentra en los ejecutivos del Estado. Dahrendorf mismo se da cuenta de la trivialidad del resultado. "Una respuesta de este tipo a la pregunta por la clase dominante política sin ninguna duda tropezará no sólo con el reproche de trivialidad, sino también con el de ingenuidad. Pero hay que constatar que es ingenua y trivial como lo es el modelo mismo de la teoría de las clases.³ Pero el modelo de la teoría de clases de Marx no es trivial ni ingenuo. Se trata más bien de especificar el modelo de Dahrendorf.

Sin embargo, la cita indicada revela otra ambigüedad. Esto surge en el capítulo "¿Quién es la clase dominante?" Aquí se trata de la clase dominante política. Pregunta y respuesta no se corresponden realmente. La teoría de las clases de Marx sostiene que existe una clase dominante detrás de todos los poderes aparentes de la sociedad. Dahrendorf supone simplemente, que la clase dominante política, según su definición, es así no más la clase dominante en general.

El resultado es simple: el poder dominante lo tienen los que gobiernan. La integración como concepto de la sociología funcionalista se reemplaza por el conflicto, pero el resultado es el mismo.

La teoría de las clases de Dahrendorf nos remite al punto de partida de Marx. En cuanto al análisis de Marx, Dahrendorf no aporta ninguna novedad. Tanto en la sociología funcionalista como en esta sociología conflictiva, el punto de partida del análisis son los valores que se institucionalizan y que se cambian. La diferencia entre los dos consiste más bien en el diferente enfoque de la introducción de los valores en la sociedad. Para Marx, en cambio, se trata de revelar que un sistema de valores siempre formula relaciones sociales de producción y que éstas como forma de coordinación de la división social del trabajo, determinan el lugar de la clase dominante.

En este sentido el punto de vista de Marx es bidimensional:

1. La introducción de los valores va acompañada de la expresión última en el poder estatal represivo. El Estado en última instancia garantiza los valores por la reacción frente a la desviación. Con esto el Estado garantiza las relaciones sociales de producción y el lugar en el cual nace la clase dominante.

2. La división social del trabajo que concibe a toda la sociedad en todos sus sectores, como un sistema en el cual surge, en caso de coordinación a posteriori, un poder represivo propio. El Estado actúa en fun-

³ Dahrendorf op. cit., p. 253.

ción de ella y está estructuralmente determinado por las relaciones sociales de producción vigentes.

EL ANALISIS DE GALBRAITH

1. La Tesis sobre la Tecnoestructura

Para acercarnos a una análisis de las sociedades modernas según la teoría de las clases de Marx, nos puede servir un análisis de las tesis de Galbraith: "El Nuevo Estado Industrial".⁴ Mientras Dahrendorf pretende actualizar la teoría de las clases de Marx y de hecho resulta en una teoría esencialmente diferente, a Galbraith le ocurre todo lo contrario. Galbraith pretende presentar una teoría esencialmente diferente de la teoría de las clases de Marx aunque desemboca en una teoría que tiene ciertas similitudes notorias.

En el fondo, el libro de Galbraith presenta un nuevo intento de la teoría de las clases. Tiene un esquema dicotómico de la sociedad, una dicotomía que él establece entre el llamado sistema industrial y el resto de la sociedad entera. El sistema social está conducido por la tecnoestructura, los gerentes o los managers. Se enfrentan con la sociedad en forma dicotómica. Logran someter, mediante sus medios de manipulación, a la mayoría de la sociedad; sin embargo, debido a las necesidades de su propia actuación crean como su antipolo al estamento pedagógico y científico, los cuales al tomar conciencia de ser simples manipulados del sistema industrial tienden a la rebelión. Esta rebelión parte de las universidades y tiene como base social todo el conjunto intelectual del país. Galbraith plantea el problema de la emancipación de esta sociedad y el control sobre el poder de la tecnoestructura, siendo este punto el más débil de su análisis.

Compartiendo una gran parte de los análisis realizados por Galbraith, aquí nos interesa más bien aclarar la estructura de su teoría de clases y las debilidades teóricas de su argumentación.

2. Poder Dominante y Factor más Escaso

Partiendo de su definición del poder dominante, ya llegamos al punto clave, en el cual el autor pretende reemplazar el concepto marxista de clase. Según él, el poder dominante de una sociedad está siempre en manos del grupo social que domina el factor de producción más escaso de la sociedad. Aplicando este criterio a la historia, habla de cambios del poder dominante según los factores de producción más escasos. En la sociedad precapitalista, este factor era la tierra, estableciendo así el grup-

⁴ Galbraith John K.: El Nuevo Estado Industrial, Barcelona 1967.

social de los terratenientes como la clase dominante. Con el surgimiento del capitalismo, el capital reemplaza a la tierra convirtiendo al capitalista en clase dominante, mientras hoy ha tenido lugar un nuevo cambio: el factor de producción más escaso ha llegado a ser el conocimiento técnico y de organización, concentrado en la tecnoestructura, que reemplazó al capitalista como clase dominante. De esta manera, explica por qué hoy día en las empresas capitalistas —las grandes compañías— existe una pérdida casi completa del poder del capitalista accionista; en realidad según el autor, fue reemplazado por el técnico, mucho más escaso y por lo tanto, más poderoso que los capitalistas accionistas. Sin los conocimientos técnicos, esos capitalistas sólo dominan a las grandes compañías de derecho, pero no de hecho.⁵

Para realizar la crítica, partiremos de la definición del poder dominante de la sociedad a partir del factor de producción más escaso. Para poder mantener una definición de este tipo debe ser posible concebir todos los factores de producción como más o menos escasos. Aquí ya llegamos a la primera dificultad del factor producción-trabajo. El trabajo —o los hombres— nunca son escasos sino definen el conjunto de la sociedad dentro del cual la escasez puede surgir. La escasez ya es un concepto sumamente limitado. Si por ejemplo, en la sociedad capitalista se habla de escasez de trabajo ya es un término muy relativo. Esta escasez del trabajo es más bien un producto de las relaciones de producción capitalistas y presupone el trabajo como medio de explotación para otro. Lo mismo ocurre si se habla de una sociedad capitalista con abundancia de trabajo. Lo que se describe es simplemente desempleo, y por lo tanto, una falla del sistema. El trabajo nunca es escaso ni abundante, si se lo ve en el contexto de una teoría que quiere explicar el conjunto de las estructuras de una sociedad. Solamente determinadas las estructuras, el trabajo puede ser escaso o abundante.

La escasez sólo puede referirse a ciertos grupos de trabajadores o a medios objetivos de producción. Reformulando de esta manera la tesis de Galbraith, el poder dominante de la sociedad se establecería en función de la escasez relativa de ciertos medios de producción o de ciertos tipos de trabajo humano. Pero como los medios de producción pueden tener efectos sobre la sociedad, hay que suponer que tienen propietarios. La tesis es entonces que el poder dominante se establece por la propiedad de medios de producción más escasos o por tipos de trabajo más escasos. En la sociedad con poca especialización del trabajo, los dueños de los medios de producción siempre tendrían el dominio, mientras que el aumento de la especialización del trabajo lleva al trasplante del poder de los dueños de los medios de producción hacia los trabajadores más especializados, o sea, en el caso de Galbraith, a la tecnoestructura.

Lo aquí expresado nos lleva a una dificultad muy curiosa que se re-

⁵ Galbraith op. cit., Capit. VI.

fiere a la relación que existe entre propiedad en los medios de producción y la tecnoestructura como trabajo especializado. En último término, la tesis de Galbraith se reduce al argumento que con la especialización del trabajo, el propietario pierde automáticamente la posibilidad de determinar las decisiones sobre su propiedad; que el trabajo especializado de la tecnoestructura por una necesidad intrínseca del progreso técnico, convierte a la propiedad jurídica en puro formalismo; con el poder de decisión entrega a la tecnoestructura el medio de convertirse en clase dominante.

Interpretada así, la definición mistificada del poder dominante por la escasez desaparece. Lo que expresa Galbraith no es más que lo siguiente: la propiedad jurídica no es automáticamente poder sobre los medios de producción; reduciéndolo a los términos marxistas, significa que en la sociedad moderna capitalista se han dividido las dos funciones principales de la propiedad:

1. El poder para la coordinación a posteriori de la división del trabajo pasa a la tecnoestructura que jurídicamente no tiene propiedad en los medios de producción.

2. El poder de apropiación se vincula con la propiedad jurídica convirtiéndose ahora en una propiedad parasitaria. La tecnoestructura respeta la legitimidad de apropiación por la propiedad privada, pero concentra en sus manos el poder dominante de decidir sobre la división social del trabajo y su coordinación.

Esto nos remite a la tesis marxista: el poder de la clase dominante nace de la función de la coordinación a posteriori de la división del trabajo social frente a la cual el poder de apropiación es secundario. Por ello la revolución de Marx no se interesa tanto en el cambio del sistema de apropiación, sino que parte del cambio de los mecanismos establecidos por la clase dominante para coordinar a posteriori la división social del trabajo.

La definición de Galbraith a partir de la escasez, en el fondo, esconde esta relación básica. Eso vale sobre todo en su interpretación del pasado precapitalista y del capitalismo del siglo XIX. Afirma que el factor de producción más escaso de la sociedad pre-capitalista es la tierra. Por lo tanto, el dueño de la tierra sería, automáticamente, poder dominante. Pero el más mínimo conocimiento histórico nos revela que eso nada tiene que ver con la escasez de la tierra. Si la tierra es abundante, el terrateniente la hace escasa. En realidad el problema es que en la sociedad la tierra es el medio de producción principal y la clase dominante es siempre aquel grupo que logra monopolizar la tierra. La tierra como principal medio de producción nos indica entonces la estructura de clase de esta sociedad. Es indicador de la clase dominante la cual tenemos que buscar entonces a partir de los esfuerzos que se realizan para monopoli-

zarla. Este indicador principal hay que distinguirlo muy bien de los moldes históricos a través de los cuales se instala la clase dominante.

Tomemos, por ejemplo, el caso de una conquista. El conquistador que logra la victoria sobre una sociedad determinada no es por ello clase dominante, pero tiene el poder de convertirse en clase dominante. Si lo hace, se convierte en terrateniente. Pero el indicador es la toma de la tierra. La argumentación de la escasez lleva solamente a confusiones. En el caso de la conquista de Latinoamérica, los españoles y portugueses se convirtieron en clase dominante por así decirlo, debido a la escasez de caballos y espadas de hierro por parte de los indios. Pero esto sólo es una mera causa histórica y no el "constituens" de la clase dominante.

Usando los caballos y sus armamentos se impusieron a los indios teniendo así el poder de convertirse en clase dominante. Pero llegaron a ser clase dominante debido a la toma de posesión de los medios claves de producción.

En el caso de la conquista de la antigua Rusia por los mongoles fue al revés. Estos dejaron intacta la clase dominante rusa y establecieron un dominio exterior sobre la sociedad que se expresó mediante el pago de tributos que la clase dominante rusa debía entregar a los mongoles que preferían permanecer nómades. Por lo tanto, no son clase dominante, sino un grupo, que mediante la amenaza del poder militar, constituyen un constante peligro para la clase dominante rusa.

Por otro lado, durante todo este tiempo la monopolización de la tierra por parte de la clase dominante exigía un esfuerzo continuo. La tierra es el principal medio de producción para el trabajo. Dada esta relación, el trabajo es más bien escaso y la clase dominante necesita mecanismos especiales para sojuzgar el trabajo a la tierra monopolizada. La clase dominante convierte la tierra en medio de producción estableciendo una dependencia personal entre el hombre y la tierra. Esto queda demostrado precisamente a través de los mecanismos de la esclavitud y de la servidumbre. La clase dominante romana está en una continua caza de esclavos para poder mantenerse. El feudalismo empieza a implantarse recién cuando esta caza de esclavos ya no tiene éxito.

Por lo tanto los pasos que determinan el dominio de la clase dominante en la sociedad precapitalista son: la tierra como medio de producción principal, la necesidad de la clase dominante del trabajo forzado en la tierra y la coacción. Eso nada tiene que ver con la escasez de la tierra como tal.

Con el surgimiento del capitalismo del siglo XIX, el fenómeno es similar, aunque haya diferencias importantes. Dado el desarrollo técnico, la tierra pierde el carácter de medio de producción más importante y es sustituida por la maquinaria industrial. Otra vez se constituye la clase dominante por el dominio de los medios de producción más importantes. El sistema capitalista entrega este dominio a la propiedad en el capital,

lo que transforma al capitalista en clase dominante. Este capitalista des-empaña, a la vez, las decisiones dentro de la empresa y se apropia el producto, mientras que las normas de las relaciones sociales de producción capitalistas son respaldadas por el Estado que mantiene así a la nueva clase dominante en su poder.

3. *La Dinámica de las Fuerzas Tecnológicas.*

La tesis de Galbraith supone que esta unidad del capitalista empresario y propietario, está disuelta hoy día. La consecuencia lógica de ello es afirmar que la tecnoestructura se ha convertido en la verdadera clase dominante, ya que tiene en sus manos el poder de la coordinación de los medios de producción más importantes.

Galbraith deduce esta tesis de un análisis del desarrollo autónomo de las fuerzas tecnológicas. La tecnología se ha desarrollado de una manera tal que se puede constatar un extraordinario aumento del riesgo económico. Ha aumentado el período de la preparación y planificación del producto hasta que pueda salir al mercado, aumentó la inversión para el lanzamiento de un nuevo producto y aumentó por lo tanto la inseguridad del mercado. Hay que saber hoy con mucho más anticipación, lo que el mercado futuro va aceptar para poder aplicar la técnica moderna. Eso lleva a la necesidad de una manipulación del consumo siempre en aumento; hay que convencer al consumidor para que continuamente consuma más en general y en específico del producto que una determinada gran compañía ofrece. Por otra parte, el aumento de los riesgos obliga a las compañías a crecer para contarrestar la posible pérdida en un producto mediante la ganancia en otro.

Esta nueva tecnología, en todas sus aplicaciones reemplaza al empresario antiguo. Ninguna persona puede tener los conocimientos técnicos adecuados. La nueva tecnología se aplica más bien a través de comités. La tecnoestructura es una organización de comités y no de personas, a lo que se debe su gran estabilidad interna. Esta estabilidad y coherencia interna de la tecnoestructura hace aún más difícil la posibilidad de que la empresa sobreviva tiempos de mala conjuntura económica. Necesita, por lo tanto, paralelamente con la seguridad de sus mercados especiales, una seguridad en cuanto al consumo total. Eso explica el apoyo que la tecnoestructura le da a la política de pleno empleo.

Galbraith habla del cambio de la antigua secuencia consumidor-producción, que según él, rigió en el tiempo del capitalismo clásico y que es sustituido ahora por una nueva secuencia producción-consumidor. Niega por esta razón, la validez de la antigua teoría de la competencia. Mientras que en dicha teoría el empresario maximiza ganancias en función del consumo, según Galbraith la tecnoestructura ahora más bien maximiza el progreso técnico en base a una ganancia suficiente, que permite

pagar intereses sobre el capital —lo que tranquiliza a los accionistas— para asegurar la autocapitalización y además una vida cómoda de la tecnoestructura. Pero en este concepto, la clase dominada cambia totalmente su carácter. Ya no es el proletariado y el choque de intereses no es un choque de intereses económicos en base a alguna teoría de explotación. Galbraith sostiene la tesis de que la clase obrera tiende a perder su consistencia dentro del sistema industrial, lo cual según él, explicaría también el hecho de que el grado de sindicalización ha bajado continuamente durante los últimos 10 ó 15 años. Los obreros se califican más y llegan a convertirse en empleados y como tales no tienen conciencia de clase propia. El conflicto entre proletariado y tecnoestructura, por lo tanto, ya no es un conflicto básico que puede fundamentar una dicotomía de clases.

La base del nuevo conflicto nace más bien de algunas necesidades de la misma tecnoestructura, primordialmente son dos: por una parte; prima el crecimiento colosal del estamento pedagógico y científico, que junto con la comunidad intelectual forma un gran grupo compacto de la sociedad, cuya existencia es decisiva para el progreso de la misma tecnoestructura. Por otra parte, la manipulación creciente de los consumidores que choca con una toma de conciencia por parte de los intelectuales que se rebelan en contra de esta manipulación y que tienden a encabezar movimientos masivos de protesta. A diferencia entonces de la antigua contradicción de clases, en la cual el intelectual se identificaba con los intereses sociales ajenos a él, ahora en cambio, es el principal afectado de la contradicción dicotómica de la sociedad. Galbraith distingue la línea de esta protesta en la insistencia en la autonomía de este estamento pedagógico y científico y en el rechazo a su conversión en un apéndice de la tecnoestructura. Se opone al financiamiento específico de investigaciones, a la actividad de las grandes fundaciones como la Ford y la Rockefeller y busca como primera meta la orientación autónoma de las investigaciones y de la educación por las instituciones portadoras mismas.

Pero posteriormente la crítica de Galbraith va aun más allá. Exige una orientación política que tampoco debe ser entendida como apéndice de la tecnoestructura, sino que tendría que orientarse más bien hacia las necesidades de la comunidad nacional. La tecnoestructura tiende más bien satisfacer necesidades de consumo privado en desmedro del consumo colectivo. La orientación debería entonces influir en una reversión de estas tendencias. En cuanto a la tecnoestructura misma, él sostiene que ésta se acercará más y más al Estado, terminando en alguna especie de propiedad pública dentro del sistema industrial. Habla de una convergencia de los sistemas sociales capitalistas y socialistas y distingue una especie de automatismo que llevará al control estatal y por lo tanto democrático de la tecnoestructura.

4. *La Crítica al Análisis de Galbraith*

Nuestro propósito no es criticar este análisis como tal. Sus tendencias nos parecen acertadas, a pesar de que las consecuencias que Galbraith desprende del análisis nos parecen demasiado tímidas. No se trata simplemente de la mayor autonomía de las universidades, de la investigación y de la educación. En realidad se trata de todo el concepto de la libertad de opinión que esta sociedad capitalista tiene. Para esta sociedad la libertad de opinión es la libertad del propietario de medios de comunicación para comunicar sus opiniones y las informaciones que a él le parecen interesantes. Es una libertad de manipulación. La situación de dependencia de las universidades no es más que un reflejo de esta falsa libertad de opinión de la sociedad capitalista. Se trataría, por lo tanto, de mucho más. Habría que romper todo este círculo manipulativo y reemplazar la libertad del dueño de los medios de comunicación por la entrega de estos medios de comunicación a las instituciones sociales cuyo fin es el control de los poderes.

Sin penetrar más en esto, esta crítica nos revela otra debilidad del enfoque de Galbraith. Esta se expresa en la tesis de una convergencia de los sistemas sociales del capitalismo y del socialismo sin lograr definir lo que significa el tránsito del uno al otro. En Galbraith, la tecnoestructura aparece como algo que existe más allá de las diferencias de las relaciones sociales de producción capitalistas o socialistas.

Pero en realidad eso no es así; la tecnoestructura capitalista es capitalista y él lo sabe. Su carácter de poder dominante lo debe a la estructura capitalista y por lo tanto es una defensora tan acérrima como lo fueron los capitalistas del siglo XIX. Si bien los accionistas han perdido su control sobre la sociedad anónima moderna, no ha terminado la importancia de la estructura de esta sociedad anónima para el poder de la tecnoestructura. La tecnoestructura capitalista necesita al accionista para poder esconderse detrás de él. Galbraith se da cuenta de este hecho cuando denuncia a toda la teoría de la competencia como una ideología de la tecnoestructura. Pero esta denuncia no lo lleva a un análisis profundo de las relaciones sociales de producción capitalista. Su ausencia se revela ya cuando comparte la opinión tan común de que esta teoría surgió en un capitalismo dentro del cual tenía realmente vigencia, mientras que solamente con los últimos cambios la perdió. Eso le impide ver que su análisis de la tecnoestructura nos demuestra una nueva etapa totalmente auténtica del desarrollo de la sociedad capitalista. Los rasgos que distingue en la tecnoestructura no tienen ese grado de novedad como a él le parece. La teoría de la competencia, de ninguna manera se convirtió hoy en una ideología, sino más bien nació como tal. Anteriormente fue la ideología de una clase capitalista empresarial que usó esta teoría para defenderse de la teoría de clases de Marx. Hoy, esta teoría cumple la

misma función, pero en manos de la tecnoestructura. En último término, la teoría de la competencia es una ideología falsa que presenta a la sociedad de clases capitalistas como una sociedad sin clases, de pura estratificación gradual.

Esa es también la razón por qué Galbraith no llega realmente a un análisis de las clases en la sociedad capitalista. En los términos planteados por él, la diferencia entre el capitalismo clásico empresarial y el capitalismo moderno de la tecnoestructura nos parece artificial. En vez de presentarlos como dos etapas de una misma formación económico-social, él las desvincula y las separa, tratando al capitalismo moderno de la tecnoestructura como algo totalmente diferente del capitalismo clásico empresarial.

Esta artificialidad de sus distinciones se revela mejor aún en el análisis que Galbraith hace de las motivaciones de la tecnoestructura (Cap. XIII). Según él, hay un cambio total de motivaciones. La tecnoestructura no maximiza directamente la ganancia, sino que más bien maximiza el aprovechamiento de la técnica en base a una tasa de ganancia fija, pero suficiente. En cambio, el capitalista clásico, según Galbraith, maximiza sólo la ganancia. Mientras que la tecnoestructura encuentra su motivación en el desarrollo técnico mismo, el capitalista empresario encuentra su motivación en el afán de ganancia pecuniaria. Hay aquí una confusión total entre el problema de las motivaciones y de la maximización de la técnica. Lo específico de la ganancia en todo sistema capitalista desarrollado y en todas sus etapas consiste en que la ganancia es un resultado mediado por un aprovechamiento metódico de la técnica. No se trata de una especificidad de la tecnoestructura, sino del punto de partida del capitalismo moderno como tal. Precisamente, este elemento del capitalismo se encuentra bien elaborado en los análisis de Max Weber sobre los orígenes del capitalismo en el ascetismo inmanente. Se trata de una actitud frente a las estructuras capitalistas mismas, que es el vehículo de este aprovechamiento metódico de la técnica. Conocemos muy bien los casos en los cuales el interés pecuniario del capitalista no se encuentra mediado por el aprovechamiento metódico de la técnica. Este tipo de capitalismo tiene su expresión específica: el subdesarrollo.

De este plano de la actitud frente a las estructuras capitalistas hay que distinguir muy bien el plano de las motivaciones personales. Estas pueden ser de diversa índole: egoístas o altruistas, afán de poder, una vida buena o el deseo de regalar el dinero ganado a los pobres. En el caso extremo, la actitud de maximización mediada por el aprovechamiento metódico de la técnica es perfectamente posible con una motivación que baje la tasa de ganancia a cero. Galbraith cae aquí en la trampa de la ideología falsa de la competencia, que identifica la motivación pecuniaria con el desarrollo tecnológico. La motivación pecuniaria existe desde los comienzos de la historia humana y el desarrollo técnico consciente

recién desde hace doscientos años. La ideología de la competencia enmascara este hecho para poder presentar a la sociedad capitalista como la única sociedad racional y para justificar el sometimiento de la sociedad capitalista a la ley de la selva.

CLASE DOMINANTE Y PODER ECONOMICO

Eso no significa negarle a Galbraith que han habido cambios de motivaciones. Pero para la teoría de las clases, este cambio de motivaciones no tiene mayor interés en cuanto que se lleva a cabo en base a las relaciones sociales de producción capitalista. A la teoría de las clases, le interesa más bien elaborar las razones a través de las cuales, las relaciones sociales de producción capitalista generan una clase dominante. Es lo mismo que preguntar en qué términos la clase dominante capitalista se legitima y a través de qué mecanismos se impone a la sociedad.

Para aclarar esto, lo más indicado nos parece presentar un esbozo de una teoría de clases más general. El punto de partida de esta teoría será la distinción entre la coordinación a priori y a posteriori de la división social del trabajo. La coordinación a priori de la división del trabajo es un concepto límite y en este sentido un concepto trascendental. Es lo que Marx llama sociedad sin clases o regulación comunista de producción y lo que la teoría de la competencia llama la competencia perfecta. Jöhr lo describe como un equilibrio de decisiones simultáneas que se distinguen del equilibrio de decisiones sucesivas. En cualquier teoría matemática del óptimo, este concepto de la división a priori del trabajo se llama el máximo absoluto del producto económico que siempre supone algún tipo de supuestos de movilidad absoluta de factores y/o previsión perfecta. Es un concepto a la vez de instituciones perfectas y del orden espontáneo. En lo económico describe la coordinación económica sin anomias y sirve para elaborar las leyes puras de la maximización económica. El análisis anterior de este concepto, nos demostraba que lleva implícito un conjunto de valores interiorizados espontáneamente; excluye junto con la anomia en relación a la coordinación del trabajo, la anomia en relación a las mismas instituciones de la sociedad. Como es un modelo sin clases, su poder económico es puramente "cuantitativo lineal".⁶ El tratamiento de la economía en la sociología funcionalista desprende de modelos de ese tipo, lo que Parsons expresa directamente: "Un equilibrio estable de una organización competitiva pura, naturalmente es completamente concebible como la ha demostrado la teoría económica".⁷ Claro; Parsons, solamente dice que es concebible tal equilibrio, pero el tratamiento de la economía lo deduce de esta concepción; no la confronta con la realidad porque lo obligaría a definir el po-

⁶ Parsons op. cit., p. 124.

⁷ Parsons op. cit., p. 134.

der económico de una manera totalmente distinta. Eso lo lleva al camino general de los neo-liberales para los cuales el control del poder económico es un problema de evitar el fraude y la fuerza.⁸ Solamente de esta manera, Parsons puede presentar el sistema social como el sistema global dentro del cual la economía es un subsistema.

Pero la realidad es diferente. El concepto de la sociedad sin clases que a la vez es el concepto de la institucionalización perfecta de las normas y de la coordinación del trabajo, se confronta con un mundo de desorden espontáneo en relación a las normas, que, por tanto, logran institucionalizarse sólo parcialmente. Pero eso implica a la vez, que en la realidad, la coordinación de la división del trabajo siempre es a posteriori una búsqueda del equilibrio por acercamiento sucesivos de mercados y planificaciones imperfectas. En el plano de la institucionalización de las normas, aparece el problema de las desviaciones; en el plano de la coordinación económica, el problema del poder económico represivo que impone las leyes de la división del trabajo a posteriori y por lo tanto por la fuerza. El poder económico ya no es un poder de lo más y de lo menos, sino un problema de arriba o abajo.

Tenemos que distinguir entonces dos tipos de equilibrio muy diferentes:

1. El equilibrio de los valores que, en último término, descansa en el poder político como su garantía. Es también un equilibrio a posteriori introducido por la represión de las desviaciones del conjunto de los valores existentes de una sociedad. Es la ley realizada por la dialéctica de crimen y castigo.

2. El equilibrio de coordinación de la división del trabajo donde las normas sólo establecen marcos institucionales para la toma de decisiones.

Este plano de decisiones seguramente se puede distinguir en cada institución del equilibrio de las normas. Como es un plano de decisiones dentro de las normas, sigue sus propias leyes y no puede ser preestablecido por el equilibrio de las normas. Es un plano totalmente distinto, fácilmente demostrable en el caso de la empresa capitalista. Solucionado el problema del fraude y de la coacción, falta decidir qué producir, en qué cantidades, qué invertir, etc. Un plano parecido de decisiones, también surge en todas las otras instituciones. La decisión de una organización sindical, de una organización política, etc., pueden distinguirse muy bien del marco de los valores institucionalizados, dentro del cual se llevan a cabo.

El problema del plano de las decisiones, explica el surgimiento de poderes propios que tienden a escapar al control: necesitan personas con conocimientos y habilidades específicas para hacer estas decisiones, y que concentran entonces, en sus manos, medios propios de poder. El

⁸ Parsons op. cit., p. 124.

mismo análisis de Dahrendorf parte del fenómeno del surgimiento de poderes de este tipo dentro del marco de las normas institucionalizadas que constituyen las asociaciones de poder. Eso ya permite hablar en general del carácter represivo de las instituciones.

Entendido el poder en el sentido de Dahrendorf, el abuso del poder, y por consiguiente el conflicto sobre las correcciones de los abusos, es específico para todas las instituciones y por lo tanto todas tienen un carácter de represión. Pero en Dahrendorf este carácter represivo de la institución no está analizado en relación al sistema social como totalidad. En la teoría de las clases, sin embargo, trata de analizar la tergiversación de toda la estructura social por el poder de una clase dominante. En general, la teoría de las clases no puede hablar del carácter represivo de las instituciones sin determinar, en última instancia, el lugar en el cual se hace notoria esta represión. La teoría de las clases ubica este lugar en la coordinación a posteriori de la división del trabajo, punto de partida de la formación de un poder externo al control social que logra tergiversar la sociedad hacia sus intereses de clase como tal y, como consecuencia de ello, hacia intereses específicos de ciertos miembros de la clase dominante. La tergiversación de la sociedad como totalidad por la clase dominante tiene, en consecuencia, dos niveles:

- a) El nivel de la estructura misma que garantiza la forma en la cual la clase dominante surge. Aquí se trata de las relaciones sociales de producción y de las normas de propiedad de un sistema dado. Se trata de las tergiversaciones que nacen de las tendencias de la estructura misma. La crítica del sistema capitalista las enfocó en diferentes términos. Lo más notable es la tendencia hacia la explotación expresada en la apropiación particular de los rendimientos del capital. No se trata de negar un rendimiento del capital, sino más bien de enfocar la apropiación de este rendimiento en forma particular. A la vez, se criticó la tendencia de esta estructura capitalista hacia la creación de subempleo (el ejército de reserva). Esas son más bien las críticas tradicionales. Hoy día se añaden la crítica de una orientación unilateral del consumo hacia el consumo particular en desmedro del consumo social (Galbraith) y la tendencia de todo el sistema de convertir la técnica en una máquina de agresión a la autonomía individual. Todos son fenómenos implícitos de las relaciones capitalistas de producción que dentro de estas estructuras no tienen remedio. Frente a estas tergiversaciones, existe una tendencia continua en favor de la estabilización de la sociedad capitalista que desemboca en las diversas ideologías de enmascaramiento de esta realidad y en la represión disfrazada o abierta de todos los movimientos que ponen en peligro estas relaciones sociales de producción.

- b) El segundo tipo de tergiversación se refiere al aprovechamiento del poder de la clase dominante para someter ciertos sectores de la sociedad o la sociedad entera a intereses de grupos particulares que com-

ponen la sociedad capitalista. En este plano, no se trata de la pura estabilización de las relaciones sociales de producción capitalistas, sino sobre todo del aprovechamiento del poder estatal en favor de algunos grupos. Se trata más bien de la influencia que ciertas grandes compañías pueden ejercer sobre la formulación de la política exterior, expresado ingenuamente en el famoso slogan de que los intereses de la General Motors y de los Estados Unidos en ningún caso pueden diferir. Este es el plano que más se enfoca en la agitación anticapitalista, denunciando todos los tipos de presiones, de sobornos, etc., que grupos capitalistas particulares pueden ejercer sobre la sociedad y la formulación de sus actividades específicas. Este poder llega a su punto máximo cuando la clase dominante ejerce presión sobre los gobiernos a través de la formulación de condiciones para efectuar inversiones. Esta es la forma en que la clase dominante hace su "huelga". Pero en todos estos casos, se trata de un aprovechamiento de poder de la clase dominante latente e implícito en la estructura capitalista de la sociedad, pero que en ningún caso particular, son consecuencia necesaria de esta estructura.

Estos problemas de la tergiversación de la sociedad como tal por el surgimiento de una clase dominante se le escapa a la teoría liberal de la economía cuando define la propiedad y el mercado como fenómenos del intercambio. En el intercambio, el poder económico es el poder de compra. Pero en realidad, el intercambio, es solamente la supraestructura de otra estructura oculta, que es la división social del trabajo. Propiedad e intercambio son un método de coordinar una división social del trabajo en el plano de la sociedad global. Su necesidad y su legitimación descansan, en último término, en la no factibilidad de una coordinación a priori de esta división del trabajo. Son entonces, por excelencia, fenómenos que reflejan una coordinación imperfecta de la división del trabajo. A la vez, son fenómenos universales de la división del trabajo con coordinación a posteriori y no pueden ser tratados como fenómenos específicos del sistema capitalista. Tanto el sistema socialista como el capitalista, coordinan el trabajo a posteriori y crean por lo tanto instituciones de propiedad y de intercambio monetario. Los sistemas se distinguen más bien por la forma de usar las instituciones de propiedad y el uso que se hace del sistema de mercados en el proceso de la coordinación.

Ahora bien, esta coordinación a posteriori, por su esencia, es conflictiva en el caso de la economía dinámica. El proceso de la innovación técnica cambia continuamente la significación de los distintos sectores de la economía. La dinámica del proceso pasa de un sector a otro, posterga sectores otrora importantes y crea nuevos sectores que reemplazan a los antiguos. Las expectativas a priori tienden a no coincidir con los resultados a posteriori. Dentro de la interdependencia de este proceso, nuevas actividades surgen y antiguas desaparecen. Dada una movilidad limitada de los factores de producción, y en especial del trabajo, el con-

flicto surge primero entre las entidades relativamente autónomas y el dictamen de la interdependencia del proceso económico de maximización. Este conflicto, sin duda, es general y a primera vista afecta tanto a los trabajadores como a los coordinadores —en el caso de la sociedad capitalista, los capitalistas. Pero eso solamente ocurre a primera vista. Acto seguido, todo el proceso se revela en una dicotomía entre el poder de coordinación a posteriori —el poder económico dominante— y los coordinados. El poder de coordinación a posteriori se constituye a la vez como un poder de integración y de represión de todos los sectores de la sociedad hacia una división general del trabajo dirigida por el principio de la maximización económica. Entre coordinadores y coordinados se establece una relación de dominación cuyo medio precisamente, y, en última instancia, es el dinero.

De esta manera, dinero y propiedad —visto como medios de coordinación a posteriori— constituyen un poder sobre toda la sociedad que determina la integración represiva de todos los sectores de la sociedad en el equilibrio de la división del trabajo. Entonces, a partir de esta tesis es posible desarrollar los distintos modos de establecer y de controlar este poder represivo.

Hay que recalcar que en este sentido el sistema de propiedad y el dinero, como medios de represión, afectan realmente a la sociedad entera y no solamente a la economía vista como un sector. Se trata de una integración represiva de la cual nadie se escapa. Pero hay que aclarar también el lugar donde se ubica este poder. Parte del grupo social que lleva a cabo las decisiones sobre los medios de producción de bienes materiales en la sociedad. Como definimos el sistema de propiedad como forma de la coordinación de la división social del trabajo —lo que significa a la vez forma de la maximización del producto económico y del desarrollo de las fuerzas productivas— el coordinador de la producción de los bienes materiales automáticamente pasa a ser el poder dominante de la sociedad. La aceptación de un sistema de propiedad, por parte de la sociedad, significa, a la vez, aceptar el sometimiento de toda la sociedad con todos sus fines a las exigencias de esta *forma de maximización*.

Esta definición del *poder dominante de la sociedad por el sistema de propiedad como forma de maximización de la producción de bienes* permite destacar la relación íntima que existe entre las normas vigentes de la sociedad, las relaciones de producción que engendra y el establecimiento del poder dominante al cual toda la sociedad está sometido. Pero constituyen naturalmente sólo una parte de la definición entera del poder dominante. La forma de maximización del producto de bienes determina a la vez la forma de apropiación del producto. Destacamos ya muchas veces que el problema de la apropiación es secundario a pesar

de que es lo primero que salta a la vista en el análisis del problema de la lucha de clases.

Solamente de esta manera podemos escapar al marxismo vulgar; para éste el poder dominante de la clase capitalista significa simplemente que la clase capitalista, en todos los planos de la sociedad puede decirlo todo. Si bien existe una alta posibilidad de inmiscuirse en los asuntos de todos los sectores de la sociedad, es el sistema de clases más bien el que determina los marcos de autonomía de cualquier sector social y no las decisiones mismas que se toman dentro de este marco.

Planteado en estos términos, el problema de las clases va más allá de los límites de la sociedad capitalista. Anteriormente mencionábamos las teorías de las clases, que de alguna manera parten de una clasificación de los sistemas de apropiación, llamando a estas teorías nominalistas de clases nominales; ahora podemos establecer otro principio de clasificación que se establece a partir del sistema de coordinación a posteriori de la división social del trabajo. Las teorías nominalistas del primer tipo, conciben las clases solamente como agregados sociales, y según ventajas apropiadas de distinta índole: propiedad privada, prestigio, status, ingresos. Son más bien teorías que formulan las diferentes capas sociales según criterios intrínsecamente contingentes. El tipo de estratificación que generan es gradual y no dicotómico. Son por lo tanto, teorías de una estratificación nominal en el sentido mencionado.

Este carácter de la teoría de clases cambia totalmente si se parte del sistema de coordinación a posteriori de la división social del trabajo. En este plano podemos hablar de clases funcionales y de una estratificación funcional del poder económico. Una teoría funcional de este tipo, por supuesto no tiene nada que ver con el "funcionalismo sociológico". Al revés, es dicotómica y constituye el poder económico como un poder jerárquico que condiciona todos los otros sectores de la sociedad. Destaca el poder ejecutivo de la coordinación de la división del trabajo como poder central de la sociedad moderna. Puede por lo tanto, a partir de este criterio, clasificar distintos sistemas o, mejor dicho, formaciones sociales. Esta estratificación funcional está directamente ligada con el carácter a posteriori de la coordinación de la división social del trabajo y por lo tanto surge en todas las sociedades modernas, ya sean capitalistas o no. Tener una estratificación funcional realmente eficaz, de hecho, es condición de lo que llamamos un país desarrollado. Por lo tanto, el subdesarrollo se distingue del desarrollo precisamente en el plano de la estratificación funcional de la sociedad. Si bien la sociedad desarrollada tiene una estratificación nominal de clases, la sociedad subdesarrollada no la tiene. Esta es la razón porque las teorías de clase vigentes son tan poco útiles para el análisis de este tipo de sociedades.

La estratificación funcional de la sociedad siempre constituye un poder, hasta cierto grado represivo. Pero se puede distinguir claramen-

te las diferentes formas de su surgimiento y de su control. En este plano precisamente se distinguen las sociedades capitalistas y las diferentes sociedades socialistas. Si bien todas tienen una estratificación funcional hace falta elaborar estas diferencias. Hay que constituir los criterios, a partir de los cuales se puede hablar de sociedades de clases en el sentido peyorativo de la palabra y de sociedades con estratificación funcional en que la sociedad no llega a tener este carácter clasista. Hay entonces un triple criterio: la sociedad capitalista como sociedad de clases por excelencia y definición, la sociedad socialista con la posibilidad de someter el poder económico de la estratificación funcional con su posible deformación por el sometimiento a una burocracia "clasista" y la democracia socialista como sociedad que ha aprovechado la formación socialista del poder para someterlo al control de la soberanía popular. Las tres son sociedades de estratificación funcional y por lo tanto, ninguna se puede presentar como la realización definitiva de la sociedad sin clases en el sentido original de Marx. Pero la democracia socialista, puede llamarse legítimamente sociedad sin clases, en el sentido de una dominación del poder económico funcional por la soberanía popular.

A partir de estas consideraciones generales, podemos ubicar la clase dominante en el sistema capitalista y el principio de la legitimización de su poder en base al cual se impone a la sociedad. Su "constituens" sin duda, es la propiedad privada que no podemos interpretar sencillamente como poder de compra, sino como la legitimización de una clase dominante que integra a toda la sociedad en un sistema de división del trabajo. Dentro de los mecanismos de esa sociedad, se constituyen los poderes claves de la economía protegidos por el derecho de propiedad y que actúan a través de las leyes del mercado y de la maximización de las ganancias de sus empresas. Es un poder propio que principalmente tiene dos frentes; el de las luchas de clases y el de la integración del Estado en el sistema de propiedad sustentado por la clase dominante. En cuanto a su legitimidad, esta clase dominante depende de que el Estado acepte orientar sus actuaciones hacia la estabilidad del sistema de propiedad capitalista. En este sentido, la ideología capitalista le da un carácter subsidiario en relación a su "iniciativa privada". En cuanto a la lucha de clases, la clase capitalista necesita que las reivindicaciones obreras en general se limiten a la participación económica y social en la empresa; en cuanto a la democracia política, que la parte obrera acepte la orientación del poder político hacia la estabilidad de los mecanismos de propiedad que sustenta la clase capitalista como clase dominante. Lo decisivo en todo ese proceso de legitimización de la clase dominante, es la aceptación del ejercicio de su poder en base a una relación no democrática entre dominantes y dominados en el plano de la represión que significa la realización de un equilibrio general de la división del trabajo.

La ideología de la clase capitalista niega la existencia de una rela-

ción jerárquica paralela al poder político, que la condiciona. Pero el análisis de las normas sociales y su conversión en relaciones sociales de producción, que solamente establecen el marco en el cual el poder económico se ejerce, ubica precisamente el carácter jerárquico que tiene el poder económico en la coordinación de la división social del trabajo.

Este poder económico jerárquico por su parte, tiene un tipo de legitimación incompatible con el concepto democrático que el mismo liberalismo constituyó en el plano político. Se trata de un poder dominante cuya legitimidad es típicamente aristocrática. La clase dominante capitalista no es responsable frente a nadie y el control ejercido sobre ella es un control de la propiedad sobre la propiedad, pero no de la sociedad sobre la división del trabajo y la orientación de su desarrollo. Este carácter aristocrático de la clase capitalista dominante se refleja mejor en la constitución de la sociedad anónima. Esta empresa, vista como un conjunto humano, tiene un ejecutivo cuya responsabilidad se define exclusivamente frente a su consejo de administración que es la representación de los propietarios de la empresa y que constituye la autoridad máxima que jerarquiza desde arriba hasta abajo la comunidad de trabajo de la empresa. La empresa no tiene nada que ver con la constitución del poder ejecutivo. La autoridad tiene una legitimidad externa frente a la empresa que escapa esencialmente al control de los que están sometidos a esta autoridad.

La propiedad controla a la propiedad, ese es el principio aristocrático de legitimidad de la clase dominante capitalista. Otros tipos de control —los hay—, son puramente adicionales y secundarios por la exigencia de tener "conformidad al mercado".

La ideología neocapitalista trata de presentar este principio como accesible a la democratización o al sometimiento del poder económico al control por la sociedad. En este sentido, se habla de capitalismo popular y de distribución de acciones de las grandes compañías de la sociedad capitalista moderna. Pero este principio aristocrático del control por la propiedad tiene sus propios mecanismos de escape al control. El análisis del efecto de la distribución de acciones sobre el control de las grandes compañías, muestra una experiencia que Galbraith destacó preponderantemente y que puede ser resumida en una especie de ley: cuánto más numerosos son los accionistas, menos efectivo puede ser su control; se sustituye el control de los accionistas sobre la empresa por la representación de sus votos por el sistema financiero o por la simple emancipación de los ejecutivos, formándose una tecnoestructura autónoma. El carácter aristocrático del poder de la sociedad capitalista se mantiene. El control de las grandes compañías pasa de la asamblea general de accionistas hacia los consejos de administración constituídos por los representantes de la misma clase dominante que sigue controlándose mutuamente.

La falla de este concepto del capitalismo popular descansa en último término en su punto de partida capitalista. Admitiendo hasta cierto grado un problema del control del poder económico, queda encerrado en sí mismo. No puede saltar más allá de su último límite ideológico que es el control de la propiedad por la propiedad. Pero constituyendo la propiedad una aristocracia del poder que convierte toda la sociedad en una dependencia de ella, el control del poder económico no tiene otra salida que romper el mismo marco de la legitimidad capitalista del poder. Tiene que pasar a un concepto en el cual el poder dominante se constituye a partir del trabajo y no del capital.

Pero la clase capitalista se defiende frente a esta solución. Sus defensas tienen diferentes etapas históricas. En el capitalismo del siglo XIX la defensa es muy simple: la ideología liberal identificando al individuo con el propietario identificó también al ciudadano con el propietario. Por lo tanto el principio democrático del poder político se vinculó con el carácter propietario del ciudadano. El concepto de la legitimidad capitalista de que la propiedad controla a la propiedad penetró al concepto mismo del Estado. En una gran parte de los países capitalistas el derecho de voto se vinculó con la propiedad misma. El propietario, abiertamente, controló al Estado. Un caso puro de este tipo lo da el sistema de elección prusiano que concentró el derecho de voto en proporción al pago de impuestos que el ciudadano efectuaba. El poder político en esta sociedad capitalista es tan aristocrático como hoy el poder de la clase dominante. Se puede hablar por lo tanto de una dictadura de la burguesía como característica del capitalismo del siglo XIX.

Esta situación cambia profundamente con el voto general, que después de la primera guerra mundial se introduce en todos los países capitalistas importantes y que va unido con el derecho de asociación de los trabajadores. Desde ahora en adelante la clase capitalista necesita hacer nuevos esfuerzos para mantenerse en el poder. Todos estos nuevos esfuerzos constituyen el neo-capitalismo naciente y el pluralismo de la sociedad capitalista.

El problema reside en la siguiente: dado que la legitimización democrática es un principio generalmente aceptado de la sociedad moderna, la toma de conciencia de la existencia de una clase dominante con legitimación aristocrática-externa puede convertir el voto general en una amenaza para el sistema capitalista mismo. La teoría de las clases aplicada a la sociedad capitalista, demuestra la incompatibilidad de la propiedad privada —una aristocracia— con la vigencia de un principio democrático de poder. Un voto general consciente, por definición, es un voto general anticapitalista. Pero una vez terminada la dictadura abierta de la burguesía con el voto general y el derecho de la asociación, la clase capitalista necesita escapar a esta consecuencia. Busca su salida en la preparación ideológica de las masas votantes. Si el voto consciente

es anti-capitalista se debe procurar un voto no consciente. Comienza la etapa de la manipulación de las opiniones.

Precisamente, en este punto el análisis de Galbraith nos parece demasiado limitado. Galbraith vincula el surgimiento de la manipulación de las opiniones sólo con las necesidades del mercado capitalista y no con la existencia misma del sistema y su definición por la legitimidad capitalista. Una limitación análoga observamos en la crítica de Marcuse, quien tan acertadamente analiza los mecanismos y las consecuencias de esta manipulación. Pero también Marcuse nos parece fallar al vincular insuficientemente este sistema de manipulación con la sobrevivencia de las relaciones capitalistas de producción, insistiendo demasiado en la interpretación de la manipulación como una consecuencia de la sociedad tecnológica como tal. Pero a nuestro entender se trata de un problema específico de la clase dominante capitalista. Se trata de una inversión consciente del mecanismo democrático del control. Las bases eligen poderes, pero antes de elegir los poderes predeterminan las bases. Esta inversión del control en el mecanismo democrático lo vamos a estudiar más adelante en el problema de las clases en el socialismo.

Siguiendo los análisis de Marcuse en general podemos interpretar ahora el concepto capitalista de libertad de opinión a la luz de la teoría de las clases. Esta libertad de opinión significa que cada uno puede expresarse libremente y comunicar sus opiniones según los medios de comunicación que él tenga a su disposición. La segunda parte de la frase es la decisiva. Los medios de comunicación son propiedad. Convierte totalmente el sentido directo de la libertad de opinión. Significa ahora: mientras menor propiedad se tenga, corresponderá menor libertad de expresión de opiniones y a mayor propiedad corresponderá mayor libertad de expresión de opiniones. Al principio aristocrático del control de la propiedad por la propiedad, corresponde este principio aristocrático de la libertad de expresión. Pero a diferencia de la democracia capitalista del siglo XIX, la manipulación de las opiniones es mucho más importante, por cuanto la burguesía no puede ejercer directamente el control sobre el Estado, sino solamente pasando por el voto general. La manipulación de opiniones se convierte en una de sus armas más importantes para mantener el poder estatal en orientación a su existencia.

En general, los medios de comunicación son un instrumento de control. La misma burguesía capitalista lo sabe y lo repite continuamente. Pero no son un control en sí. Hay que saber siempre quién controla a quién y eso sí que nunca lo dice la burguesía capitalista. Y el principio capitalista de la libertad de opinión establece un control muy especial. A través de esta libertad, la clase dominante capitalista controla a la sociedad. Primeramente controla al Estado, convirtiendo las elecciones políticas en un "camuflaje". Controla al Estado creando un ambiente de convicción general de que la iniciativa privada es la base de la libertad.

Pero la iniciativa privada no es más que una expresión eufemista del respeto al poder aristocrático de la clase capitalista dominante. Penetrando a la sociedad con este falso principio de la libertad, la burguesía capitalista elige a los electores antes de que ellos puedan elegir el poder estatal. Los elige no en el sentido directo, sino en el sentido de determinarlos a priori, antes de la elección, y las alternativas que se presentan. Esta burguesía a pesar de que introdujo el principio democrático en la historia, es intrínsecamente antidemocrática. Jamás en una disyuntiva entre sistema capitalista y democracia política se ha decidido en favor de la democracia. El sistema democrático para ella tiene valor en cuanto le sirva como instrumento. Es preferible porque es más suave, pero no define a la libertad. La libertad para ella es el respeto a su poder predominante sobre la sociedad. Así se explica que el mundo llamado libre por esta burguesía tiene más sistemas políticos del tipo de la dictadura abierta que sistemas de representación democrática capitalista.

LA AGRESIVIDAD TECNOLÓGICA DE MARCUSE

Los análisis de Galbraith y de Marcuse sólo pueden ser ubicados en este contexto. El consumo artificial, la "enajenación feliz", la deformación de la autonomía universitaria por el financiamiento directo de las investigaciones y el fomento de las fundaciones intermediarias para el apoyo a las ciencias, tienen aquí sus raíces. Más todavía, el desencadenamiento del progreso técnico en los países capitalistas se escapa debido al carácter capitalista de la sociedad, al control de la sociedad, a la que convierte en un apéndice del consumo expansivo. No es simplemente un reflejo de una técnica automática. Es el reflejo de ciertas relaciones de producción dentro de las cuales el control de la clase dominante no es posible; ella conduce el proceso y lo dirige en aquellas direcciones que son permitidas por las relaciones sociales de producción capitalistas. Otra vez volvemos con eso al problema de la ideología del progreso técnico. La sociedad capitalista no puede desarrollarla porque tendría que interpretar el progreso técnico en función de una sociedad que va hacia un futuro de estructuras sociales siempre renovadas. Disfraza, por lo tanto, la reflexión sobre el progreso técnico tras un fetichismo del consumo. No pudiendo controlar el progreso técnico sin destruir la sociedad capitalista misma, este progreso desarrolla lo que Marcuse llama la agresividad de la técnica. El progreso técnico tiene que seguir forzosamente, pero no puede formular sus fines. Se vuelve irracional.

Pero aquí nos encontramos en cierto desacuerdo con Marcuse debido a la falta de vinculación de sus análisis con la teoría de las clases. Partiendo más bien de la psicología que de un análisis sociológico, Marcuse llega a identificar la agresividad de la técnica con el concepto mismo de la técnica. Ubica la enajenación, que se expresa en esta agresividad de la

técnica en el trabajo como tal y no logra vincularla con las relaciones capitalistas de producción. En este punto él parece afectado por esta misma enajenación. "El progreso técnico, es hasta cierto punto, la movilización de la energía agresiva en la conquista de la disciplina socialmente necesaria, "Ascetismo del mundo exterior" para usar el término de Max Weber y demás. Pero nuevamente de acuerdo con Freud, la agresividad opera en forma civilizadora y como factor de progreso sólo si se somete al servicio de los "intereses vitales", si se restringe al poder y a las necesidades de Eros y de la energía erótica. Si éste no es el caso, se altera el equilibrio entre los dos instintos primarios: la energía agresiva ganas equilibrio entre los dos instintos vitales y llega a ser mortalmente destructora. Ahora, propongo la hipótesis de que en las etapas avanzadas de la sociedad tecnológica, y particularmente en la llamada "sociedad opulenta", la agresividad fue llevada a un grado y un límite tales que pone en peligro el mismo desarrollo de los instintos vitales y la preservación de la sociedad humana.⁹

Aquí él tiende a identificar la agresividad de la técnica con el trabajo mismo, en cuanto se lleva a cabo en forma enajenada en el sentido de Marx. Pero la agresividad de la técnica en la sociedad capitalista es la enajenación de una enajenación. No hay duda que ideologías del progreso técnico del tipo soviético reflejan también un trabajo enajenado, pero lo conceptualizan hacia un concepto del hombre como un ser que revela su esencia a través del trabajo. Y si bien este trabajo es enajenado, por eso no deja de ser la revelación progresiva de la esencia humana. El problema de la agresividad de la técnica en la sociedad capitalista consiste en que esta forma del progreso técnico ha perdido su carácter de revelación de la esencia humana. Así se explica la tesis de Marcuse de la abolición del trabajo; "Ahora mi proposición consiste en que en lo tocante a la primera manifestación (enajenación en el proceso de trabajo), este tipo de enajenación sólo puede ser vencido con la abolición del trabajo y no con algún medio anterior a esta meta. No conozco ninguna sociedad industrial avanzada en la que el hombre desarrolle sus facultades humanas dentro del proceso productivo. El progreso técnico significa un continuo aumento de enajenación".¹⁰

Lo que Marcuse constata aquí es que ni la sociedad socialista ha realizado el concepto marxista original de la realización directa del hombre en el mundo del trabajo. El reivindica este concepto límite en contra del progreso técnico como tal. Pero eso lo lleva a un dualismo artificial entre progreso técnico y libertad. En este sentido, trata de interpretar a Marx. "El dominio del trabajo socialmente necesario pertenece al reino de la necesidad, al reino de la enajenación. De acuerdo con Marx, lo

⁹ Marcuse, Herbert: *Libertad y Agresión en la Sociedad Tecnológica en la Sociedad Industrial Contemporánea*, México, 1967, p. 55.

¹⁰ Marcuse op. cit., p. 61.

único que puede hacerse en este punto es organizar estos procesos tan racionalmente como sea posible y reducir el tiempo de trabajo en igual forma, pero esto continuará siendo el reino de la necesidad y no el reino del desarrollo libre y de la aplicación de las verdaderas facultades humanas".¹¹ Pero esta interpretación no nos parece acertada. En todo el contexto en el cual Marx habla de la diferencia entre el imperio de la libertad y el imperio de la necesidad en el socialismo, lo entiende como una relación mutua entre los dos. Las verdaderas facultades humanas, según Marx, se desarrollan en el tiempo libre que presenta directamente el imperio de la libertad en el socialismo. Pero este imperio de la libertad depende del desarrollo de las fuerzas productivas y del progreso técnico dentro del imperio de la necesidad. El concepto del hombre sigue siendo un concepto de revelación de la esencia del hombre por el trabajo. Pero el trabajo se desarrolla bajo el imperio de la necesidad que encuentra su organización digna y humana, mientras que las nuevas facultades de realización del hombre que el progreso técnico ofrece se realizan y se revelan en el imperio de la libertad del tiempo libre. Marx insiste expresamente en que este imperio de la libertad es real sólo en base a un desarrollo continuo de las fuerzas productivas.

A pesar de ello, Marcuse anuncia la realización total de la imagen original de Marx: "Este sería trabajo técnico y mecanizado, pero trabajo encaminado hacia metas muy distintas, hacia metas verdaderamente humanas, y en este sentido, desenajenadas. En otras palabras, la división marxista entre el reino de la libertad más allá del mundo del trabajo y el reino de la necesidad en el mundo del trabajo, ya no parece válida para esta época: la libertad debería estar localizada en el mismo mundo del trabajo técnico."¹² Esta es la visión de un mundo de trabajo no enajenado en el cual el trabajo es la expresión de la libertad y la libertad, la expresión de la realización del hombre a través de la naturaleza. Pero es un anuncio abstractamente separado del análisis anterior de Marcuse. No lo vincula con el progreso técnico de hoy como su fin natural. Eso lo habría llevado a una interpretación positiva del trabajo en el mundo de hoy, en el sentido de que un trabajo enajenado por sus rasgos enajenantes no deja de ser trabajo humano en el cual el hombre se realiza. Le falta un concepto de trabajo humano en estructura enajenadas, —que a pesar de todo tiene un sentido positivo intrínseco— que le permita distinguir entre un progreso técnico enajenado y deshumanizante y un progreso técnico que —si bien mantiene sus caracteres de enajenación— esté orientado hacia la humanización de la sociedad. Marcuse sólo admite la alternativa entre trabajo enajenado de la sociedad técnica como tal y la visión total del trabajo desenajenado de un concepto límite que, de hecho, es un a priori trascendental y no factible. El

¹¹ Marcuse, op. cit., pp. 61-62.

¹² Marcuse, op. cit., p. 89.

mundo del trabajo de hoy cae bajo el veredicto de la pura negatividad, quitándose a Marcuse la posibilidad de formular una ética del trabajo.

El peligro de esta posición consiste en que sólo conduce a la sociedad existente a una frustración, a un activismo revolucionario artificial y en último término a una paralización de los movimientos revolucionarios. Una nueva revolución social sólo puede surgir de una nueva ética del trabajo, formulada a partir del reconocimiento de que las estructuras enajenadas de este trabajo no significan que la negatividad en sí del trabajo. Si bien Marcuse busca esta formulación, no la encuentra. Y a nuestro entender sólo se la puede encontrar a partir de una crítica de las ideologías del progreso técnico tal como están surgiendo hoy en el mundo socialista.

LA ESTRATIFICACION FUNCIONAL DICOTOMICA EN EL SISTEMA SOCIALISTA

Esta crítica de las ideologías del progreso técnico nos lleva al análisis del problema de la estratificación funcional en la sociedad socialista. Notamos ya que la teoría de las clases es mortal para la sociedad capitalista. Demuestra que los valores de esa sociedad sólo en apariencias son valores universales de igualdad; de hecho, son valores que constituyen un poder aristocrático y externo a la sociedad. La realidad capitalista y su pretensión universalista se contradicen intrínsecamente. Comprender la sociedad capitalista lleva a destruirla para superar esta contradicción. La estructura de clases capitalista es el producto de la aplicación de las normas que rigen a esta sociedad y en este sentido, la estructura de clases es un producto no intencional de las normas aparentes. Pero esta estructura no intencional de clases contradice a la vigencia de las normas. Es importante destacar esto cuando pasamos al análisis de la estratificación funcional en el socialismo.

El socialismo nace precisamente por el afán de realizar la sociedad sin clases. Las normas que definen la relación social de producción socialista se dirigen intencionalmente hacia un nuevo concepto de igualdad que no implique este surgimiento no intencional de una clase dominante. Como analizaremos acto seguido, el mismo socialismo no pudo evitar el surgimiento de una nueva estratificación funcional dicotómica, pero, en este caso, se trata de una estructura que es el resultado no intencional del afán de abolirla. La aplicación de la teoría de las clases a la sociedad socialista, por lo tanto, no contradice intrínsecamente la existencia de esta sociedad. No lleva a otra sociedad, sino a una estructura socialista, constituida de acuerdo al afán socialista de abolir las clases; lleva de manera no intencional a una estratificación funcional dicotómica que, dentro de la sociedad socialista, tiene que ser considerada para neutralizarla. La teoría de las clases aplicadas al socialismo lleva, por lo

tanto, a la discusión del problema de la democracia socialista como un control efectivo del poder económico de coordinación a posteriori de la división del trabajo. Es el problema del control de la burocracia en el socialismo. Este punto de vista no puede ser descubierto por la teoría social burguesa. Ella contrapone capitalismo y socialismo artificialmente en un medio totalmente abstracto. Claro es el por qué: no haciéndolo, tendría que interpretar la sociedad socialista como la contestación a un problema, que la sociedad capitalista como tal no puede solucionar. El socialismo aparecería no sólo como posterior, sino a la vez superior a la sociedad capitalista. La sociedad socialista aparece entonces como una consecuencia implícita de la dinámica interna de la sociedad capitalista. Esa ya fue la tesis de Marx, y en forma negativa, al menos se pueden mostrar indicios de que es valedera. Nos referimos al hecho de que las ciencias sociales burguesas no fueron capaces de formular teorías dinámicas. Para estas ciencias sociales los problemas del cambio continúan bastante oscuros; se introducen más bien a posteriori en forma de teorías estáticas de la integración social o del equilibrio económico estático. Eso también nos explica por qué las ciencias sociales burguesas no investigan en dirección al fenómeno de la clase dominante. Nos parece que una ciencia social dinámica, por excelencia, debería desarrollarse a partir de la teoría de las clases. Pero la teoría de las clases lleva, a su vez, a la búsqueda de nuevas formaciones sociales más allá de las relaciones capitalistas de producción. Eso podría explicar este hecho curioso de la falta de una teoría dinámica de la sociedad capitalista —una teoría de clases en las sociedades burguesas. Actuando según una teoría dinámica esta sociedad tendría que desaparecer. Por lo tanto, se puede tranquilamente prever que la sociedad capitalista nunca va a desarrollar una teoría dinámica y que va a defenderse frente a cualquier intento en dicho sentido.

La contradicción entre una teoría consistente de la sociedad capitalista y la existencia de esta sociedad, nos permite vislumbrar un fenómeno muchas veces percibido. En los países capitalistas la crítica social y la oposición radical generalmente es pro-socialista y tendencialmente marxista. Pero al revés no ocurre lo mismo. La crítica social y la oposición radical en el mundo socialista sigue siendo socialista y tendencialmente marxista. La crítica del capitalismo lleva a otra sociedad más allá del capitalismo, al socialismo. Pero un más allá del socialismo no hay. Llegada la sociedad socialista, la crítica interna puede solamente pronunciar los valores del marxismo en contra de su institucionalización pasajera; es la afirmación continua del punto de partida de esta sociedad. La lógica del socialismo es el socialismo, mientras la lógica del capitalismo es su transformación en sociedad socialista. Precisamente, en este sentido hay que entender el análisis de la estratificación funcional en el socialismo. Es el análisis de estructuras no intencionales a partir del

afán de abolir las clases. Pretende por lo tanto, una explicación de la dialéctica de cambios dentro de la estructura socialista.

Vamos a partir de la ideología del progreso técnico que va intrínsecamente unido a los sistemas socialistas existentes del tipo marxista. Ahí en todos los casos, se trata de una ideología del trabajo humano vinculada a través del progreso técnico que va acompañado por reformas sociales en función de él, con la utopía absoluta del marxismo original. Vimos ya que en cierto sentido, esa ideología tiene su propia lógica. Si pensamos, el progreso técnico como infinito, necesariamente, tiene que realizar en algún momento la imagen futura del marxismo original. Esta especulación es interesante en cuanto que la ideología del progreso técnico infinito es la base de la ética del trabajo en el sistema socialista; es la argumentación racional que da al trabajo un sentido más allá del provecho personal del trabajador individual. El incentivo material para trabajar está, por lo tanto, envuelto en un marco general de sentido histórico que interpreta este trabajo más allá de su significación individual como un peldaño en la construcción del futuro total de la humanidad. Esta ética del trabajo motiva la integración de todos los sectores en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad en base al principio socialista de la distribución.

No entraremos a criticar esta ideología del progreso técnico infinito en cuanto a la vinculación del trabajo actual con la construcción de la utopía absoluta; nuestro punto de vista tiene que ser el de insistir en que detrás de esta ideología existe a la vez un problema de la ideología de clases correspondiente a la estructura de dominación que rige en los países socialistas ortodoxos actuales.

Tenemos que recordar la vinculación de la teoría de clases marxistas, aceptada por nosotros, entre relaciones de producción, coordinación a posteriori del trabajo, poder dominante de la sociedad y sistema de apropiación en favor de este poder o clase dominante. La aplicación de esta teoría a la sociedad socialista nos lleva en seguida al reconocimiento de que la destrucción de las relaciones capitalistas de producción y la consiguiente sustitución de la clase capitalista como clase dominante, no logró ni podía lograr la destrucción de los mecanismos sustentores de posibles nuevas burocracias externas dominantes. La sociedad socialista —si bien en términos diferentes— sigue siendo una sociedad con coordinación a posteriori de la división del trabajo. Por lo tanto, los ejecutores de la división del trabajo mantienen el poder dominante de esta sociedad. Lo tienen necesariamente por definición.

A partir de esto, se plantea el problema de la burocracia externa en el sistema socialista. Usando el término de la legitimización exterior de este poder de coordinación de la división del trabajo, podemos definir el caso de una burocracia externa en el sistema socialista: en el sistema socialista nace una burocracia siempre y cuando el poder de coordina-

ción a posteriori de la división del trabajo se legitima externamente y por lo tanto, forma una élite aristocrática. Usando otro término podríamos llamarla burocracia absolutista a la clase dominante de la sociedad socialista.

En el socialismo, el análisis de las clases tiene dos autores clásicos que por parte del sistema socialista fueron tratados de una manera muy diferente. Por una parte, Rosa de Luxemburgo escribió sobre la revolución rusa; se la sigue considerando como una de las autoras clásicas del marxismo-leninismo, considerando este escrito como una desviación. Así se explica que en los países socialistas se publiquen muchas obras de Rosa de Luxemburgo, excluyendo sólo aquellas partes que se refieren al problema del surgimiento de clases. Por consiguiente, existen "Obras Escogidas" de ella, pero ninguna edición de sus obras completas. El otro autor es Trotsky, borrado de la historia del socialismo marxista ortodoxo, calumniado como traidor por la burocracia surgida en la Unión Soviética. En el futuro, este tratamiento de Trotsky colocó a cualquier autor, que se atreviera a tocar el problema de las clases en el socialismo, en peligro de ser declarado trotskista, lo que dentro del movimiento marxista ortodoxo sigue significando la condenación máxima.

Como todas las burocracias externas, la socialista también teme a la razón crítica. La destalinización no ha cambiado en nada esta situación. Se condenó los crímenes de éste, pero nunca su actitud como tal. Así se explica también por qué nunca los condenados de la purga de los años 30 fueron rehabilitados a pesar de que las purgas sí lo fueron. La burocracia soviética quería borrar los malos recuerdos de su pasado, pero no quería renunciar a su poder.

El carácter de legitimización externa de la burocracia en el socialismo, puede explicarse mejor a partir de algunos textos fundamentales tomados de un manual soviético oficial sobre el marxismo-leninismo del año 1960. Podemos citar dos análisis principales que aclaran el carácter de clase de la burocracia soviética. En primer lugar mencionaremos una cita que define al "centralismo democrático", según la ortodoxia marxista de hoy: "Así, el centralismo del partido comunista es un centralismo democrático", es decir, que está apoyado en la voluntad de la masa de los miembros del partido. En la práctica el "centralismo democrático" significa que:

1. Todos los órganos directivos del partido son elegidos de abajo hacia arriba.
2. Periódicamente los órganos del partido dan cuenta de sus actividades a las unidades de su organización respectiva.
3. Se observa una estricta disciplina de partido, con subordinación de las minorías frente a las mayorías.
4. Las conclusiones de los órganos superiores obligan en forma incondicional a los inferiores.

El principio del centralismo democrático tiene sus bases en los estatutos de todo partido comunista. El estatuto establece la estructura y las formas de constitución del partido, las normas de la vida interna del partido, los métodos de las actividades prácticas de las organizaciones de partido y las exigencias a los miembros del partido, como así también sus derechos.¹³

Este centralismo democrático otra vez nos representa en forma típica la inversión del principio democrático que en su formulación auténtica concibe el poder como una articulación de la voluntad de todos. En los cuatro principios mencionados en la cita, los dos primeros expresan este concepto del poder. En cambio los dos siguientes los invierten. Si las minorías tienen que subordinarse a las mayorías (prohibición de fracciones) y los órganos superiores pueden obligar en forma incondicional a los inferiores, cambia totalmente el sentido de la base en el concepto democrático. Las bases eligen a las directivas, pero a través de estos principios adicionales, las directivas, antes de ser elegidas, eligen a las bases. La base se convierte en camuflaje. El establecimiento de una legitimidad externa, es un proceso análogo al procedimiento de la clase capitalista frente a las elecciones libres manipuladas por la tal llamada libertad de opinión del sistema capitalista. Se establece una oligarquía centralizada y lo único que cambia es el lugar de la autoridad máxima de esta oligarquía, o sea el comité central, el secretariado del comité central o —en el caso del culto a la persona— el Secretario General mismo. Los continuos llamados a la democratización interna del partido, no cambian en nada la constelación fundamental. La democracia interna es un control que ejerce la élite sobre sí misma y de ninguna manera un control del pueblo para obligarla a convertirse en articulación de la soberanía popular.

Por supuesto que el problema de este centralismo democrático, sale realmente a la luz cuando este partido ejerce el poder sobre una sociedad. La élite del partido es entonces la burocracia dominante de esta sociedad, que la considera como su apéndice: "Otro rasgo esencial de la directiva del partido consiste en que ésta se halla estrechamente vinculada con las masas, conoce exactamente la vida de la gente sencilla y que constantemente está preocupada de su bienestar. En todos aquellos puntos importantes el partido solicita consejo a los obreros, a los campesinos de los kolthozos y a la inteligencia. De esta manera conoce sus opiniones y estados anímicos para tomarlos en consideración en la preparación de los planes. Con ello va aplicando nuevas formas y métodos en un radio cada vez mayor. Lleva a cabo conferencias en relación a interrogantes individuales que se presentan en la construcción comunista, organiza conferencias sobre planes económicos y sobre proyectos de le-

¹³ Grundlagen des Marxismus-Leninismus, Lehrbuch (Bases del Marxismo-Leninismo, Texto de Estudio), Berlín, 1960, pp. 391-392.

yes en las cuales el pueblo participa. Los funcionarios guías se dedican constantemente a examinar los puntos candentes de la vida de la sociedad para informarse mejor sobre el estado de las cosas en el lugar mismo del suceso. Los plenarios del Comité Central se plantean frente al país entero, en forma de tribuna, desde la cual se discuten las dudas esenciales más importantes de la construcción del comunismo. Desde esta tribuna no sólo hablan los líderes principales, los funcionarios del partido y sus organizaciones locales, sino que también participan activamente los obreros de mayor rendimiento, especialistas y científicos".¹⁴

Esta cita es la más pura expresión del paternalismo de una burocracia sobre la sociedad. El partido solicita consejos a los obreros, debe conocer la vida de la gente sencilla y debe estar preocupado por su bienestar, toma en consideración sus opiniones y se informa sobre el estado de las cosas. El Comité Central se presenta como una tribuna donde se escucha a obreros, especialistas, invitados, etc. Todo eso es lo contrario del control popular. Este partido rechaza el control popular, está externamente legitimizado y desde su tribuna asegura la "participación".

Esta inversión de la democracia, que auténticamente debería ser la articulación de la voluntad popular controlada por la misma base popular, se hace evidente quizás con más intensidad aun en la siguiente cita: "No cabe duda alguna que la función organizativa-económica va a seguir existiendo en alguna forma a través de una organización social cualquiera como función de una dirección central del desarrollo económico proporcional planificado. Sin embargo, es indiscutible que esta función según el principio del centralismo democrático, unirá a una fuerte dirección central un máximo de iniciativa local. La creciente colaboración y la participación directa de las masas en la dirección del Estado y de la economía, aquellas formas de organización como la constante orientación en la producción de las empresas, la participación en continuo aumento en las comisiones de los soviets, etc., son elementos de un desarrollo de esta índole".¹⁵

La Unión Soviética, que en su nombre se define por los soviets, o sea, consejos de obreros y campesinos, da "participación" a estos soviets para que puedan dar consejos al partido que dirige el país. Es difícil expresar con más claridad que se trata de una burocracia externa: se presenta como un poder preestablecido alrededor del cual se organiza a la sociedad.

Siguiendo estos términos, puede definirse el centralismo democrático como el principio fundador del nacimiento de una clase dominante en el socialismo. Por supuesto, ella puede ejercer su régimen con más o menos rigidez o con más o menos cercanía a la base popular. Pero el concepto de la estratificación funcional es un concepto estructural y no

¹⁴ Bases (op. cit., p. 178.

¹⁵ Nobel, Genia: Entwicklung der Sowjetunion auf dem Wege zum Kommunismus (El Desarrollo de la Unión Soviética en el Camino hacia el Comunismo). Einheit, Berlín 1960, N° 7, p. 1102.

de buena voluntad. A la luz de este hecho, puede entenderse la feroz reacción de la burocracia soviética frente al intento checoslovaco de entregar el poder real a las masas obreras. Esta reacción sólo es comprensible si se la interpreta como reacción de una especie de "clase dominante" que se ve amenazada por una toma de conciencia de la base obrera en su propio país.

En la crítica de estos fenómenos del centralismo democrático de ninguna manera se pretende negar la posible necesidad de una dictadura pasajera del proletariado. Por otra parte, Marx nunca admitió una dictadura de tal tipo. La dictadura del proletariado de Marx suprime los grupos capitalistas y su libertad de opinión, pero establece el voto general obrero como base del control de la sociedad y la libre expresión de sus corrientes. Puede ser que se haya equivocado. Pero de ninguna manera esta equivocación justifica la inversión total de los valores bajo los cuales el movimiento obrero se lanzó a la revolución. Son valores de la libertad y el descubrimiento de Marx fue que la libertad incluye ser libre de explotación. Pero el concepto marxista ortodoxo es economicista; la libertad es económica, y por lo tanto, participación en el progreso técnico conducido por una tecnocracia externa. Eso lleva a la perversión ridícula de denunciar la reivindicación del voto general efectivo y de la libertad de expresión en el socialismo como revisionismo procapitalista. Se podría preguntar: qué significa un socialismo que después de 50 años en el poder no se atreve a someterse al voto general y a la libertad de expresión. No puede ni debe olvidarse que la revolución de Octubre se ganó por el lema: Todo el poder a los soviets (Consejos). Una exigencia de este tipo hoy día es la declarada antisocialista como tal. Así el socialismo perdió su sentido original de ser un nuevo proyecto de libertad en la historia humana.

Esta crítica, por ejemplo, no trata de reprochar a Cuba su afirmación de la dictadura del proletariado existente en el país. Si algún país socialista puede reclamar, por razones históricas especiales y de sobrevivencia, la necesidad de un régimen con una concentración extraordinaria del poder, Cuba lo es por excelencia. Pero hay que distinguir entre hechos y su interpretación ideológica. A través de la perversión de los valores de la libertad socialista, la dictadura del proletariado tiende a perder su carácter pasajero y convertirse directamente en el proyecto histórico socialista. La afirmación de la libertad socialista en última instancia es la única manera de declarar efectivamente a la dictadura del proletariado como pasajera. El socialismo comienza cuando termina la dictadura del proletariado y la dictadura del proletariado termina cuando se disuelve el centralismo democrático como legitimización del poder y se lo reemplaza por la entrega del poder efectivo a las bases obreras mismas.

Hace falta profundizar un poco más sobre esta desvirtuación del so-

cialismo a través del concepto de la dictadura del proletariado y de su conversión en proyecto histórico. Hasta ahora habíamos partido exclusivamente de la definición soviética de la relación entre el poder, el partido y el centralismo democrático. La sociedad soviética se burocratizó cuando entregó al partido comunista la ejecución del poder burocrático y lo convirtió en burocracia dominante legitimada por el centralismo democrático frente a las bases populares. Pero este concepto soviético seguramente no es el único concepto de la dictadura del proletariado. Hay otras experiencias socialistas posteriores a la soviética que buscaron una reformulación del concepto soviético del poder elitario de la burocracia dominante. Así en el concepto chino, por ejemplo, el partido —por lo menos a partir de la revolución cultural— no ejerce el poder. Se lo concibe como unificador de las masas populares frente a la burocracia existente que tiende a formarse en burocracia externa y absoluta. Esta fórmula va claramente contra las bases de poder de la burocracia soviética. Si bien hay un monolitismo de las masas, representado por la autoridad de Mao Tse Tung, no es un monolitismo apéndice de la burocracia. Más bien es una organización monolítica de las masas frente a la burocracia.

Allí el concepto de sociedad es claramente dicotómico y solamente se puede entender a partir de un concepto de estratificación funcional de la sociedad socialista. Distinciones similares, pueden encontrarse, analizando la experiencia cubana o yugoslava. Pero en todos estos casos —si bien hay una toma de conciencia del peligro de la toma del poder por la burocracia—, tampoco hay un análisis completo del fenómeno de la estratificación funcional de la sociedad socialista y de los problemas que ofrece a la constitución de una verdadera democracia socialista.

Este hecho nos da la razón de concentrar la crítica en nombre de la democracia socialista, en el fenómeno de la burocratización de la sociedad soviética. Como ninguna de las otras experiencias socialistas ha planteado radicalmente la crítica, hace falta insistir en una elaboración teórica de los fundamentos de la democracia socialista.

EL ANALISIS DE LA BUROCRACIA SOCIALISTA DE TROTSKY

Es interesante seguir el análisis que Trotsky hace del nacimiento de la nueva clase socialista y de la conversión del partido bolchevique en dirigente general de esta burocracia. "La libertad crítica y la lucha de ideas formaban el contenido intangible de la democracia del partido. La doctrina actual que proclama la incompatibilidad del bolcheviquismo con la existencia de fracciones, está en desacuerdo con los hechos. Es un mito de la decadencia".¹⁶ El surgimiento de este mito de la decadencia, Trotsky lo ve en las razones históricas de la guerra civil poste-

¹⁶ Trotsky León: *La Revolución Traicionada*, Argentina 1964, p. 98.

riores a la revolución de Octubre. "Sin embargo, la conexión estrecha y a veces la fusión de los órganos del partido y del Estado acarrearón desde los primeros años un perjuicio evidente a la libertad y a la elasticidad del régimen interior del partido. La democracia se encogía a medida que crecían las dificultades. El partido quiso y confió en un principio en conservar en el cuadro de los soviets la libertad de las luchas políticas. La guerra civil trajo su severo correctivo. Uno después de otro fueron suprimidos los partidos de oposición. Los jefes del bolcheviquismo veían en estas medidas, en contradicción evidente con el espíritu de la democracia soviética, no decisiones de principio, sino necesidades episódicas de la defensa. En Marzo de 1921, en el momento de la sublevación de Cronstadt, que arrastró a no pocos bolcheviques, el X Congreso del partido se vio obligado a recurrir a la prohibición de las fracciones, es decir, a transportar a la vida interior del partido dirigente, el régimen político del Estado.¹⁷ Este mismo análisis continúa luego de la siguiente manera: "La prohibición de los partidos de la oposición acarrió la interdicción de las fracciones; la prohibición de las fracciones conduce a la prohibición de pensar de otro modo que el jefe infalible. El monopolismo policial del partido tuvo como consecuencia la impunidad burocrática que, a su turno, condujo, a todas las variedades de desmoralización y de corrupción".¹⁸ "En los primeros tiempos del régimen soviético, el partido sirvió de contrapeso a la burocracia. La una administraba el Estado, el otro la controlaba. Cuidando celosamente porque la desigualdad no rebasase los límites de lo necesario, el partido estaba siempre en lucha abierta o velada con la burocracia. El rol histórico de la fracción stalinista fue hacer cesar esta dualidad subordinando el partido a sus propios bureaux y fusionando los bureaux del partido y del Estado. Así se ha creado el régimen totalitario actual".¹⁹

Pero Trotsky no se limita al análisis puramente histórico. Aplicando la teoría marxista de clases, explica el surgimiento de la "burocracia absoluta" a partir del cumplimiento de una función —la función de coordinación a posteriori de la división del trabajo— convertida en un sistema de apropiación en favor de ella misma. El cumplimiento de la función la destaca en lo siguiente: "Sin economía planificada la URSS retrocedería decenas de años; al mantener esta economía, la burocracia continúa llenando una función necesaria, pero de una manera tal que prepara el torpedeamiento del sistema y amenaza todo el acervo de la revolución. Los obreros son realistas. Sin hacerse ilusiones sobre la casta dirigente o al menos sobre las capas de esta casta que conocen algo de cerca, ven por el momento en ella al guardián de una parte de sus propias conquistas".²⁰

¹⁷ Trotsky op. cit., pp. 98-99.

¹⁸ Trotsky op. cit., p. 105.

¹⁹ Trotsky op. cit., p. 240.

²⁰ Trotsky op. cit., p. 246

A partir del cumplimiento de esta función se desarrolla el sistema de apropiación correspondiente a la burocracia absoluta. "La conquista del poder no modifica solamente la actitud del proletariado hacia las otras clases, sino que cambia también su estructura interior. El ejercicio aún del poder se hace la especialidad de un grupo social determinado, que tiende con tanta mayor impaciencia a resolver su propia "cuestión social", cuanto mayor es la idea que tiene de su misión".²¹

En relación a esta apropiación, podemos insistir en una crítica del concepto de la justicia socialista: a cada uno según sus rendimientos. En la ideología tecnócrata, esto se presenta como la definición exacta de los rendimientos, suponiendo que la relación rendimientos-ingresos se puede definir técnica y, por lo tanto, neutralmente. Pero de hecho no es así. Si bien es una relación cuantitativa, en la realidad esta relación es totalmente ambigua. En ese sentido, Trotsky puede hablar de la necesidad de vigilar para que las desigualdades no rebasen lo absolutamente posible. Pero siempre sigue siendo una cuestión relativamente arbitraria. La dificultad de su solución ya sale a la luz en los análisis de Marx en cuanto a la traducción de horas de trabajo simple en horas de trabajo especializado. También en países socialistas se ha tratado de establecer criterios cuantitativos exactos. Pero el problema no tiene solución y hace falta un acuerdo en el cual juegan las relaciones de poder. Hasta se podría comprobar teóricamente que una solución del problema no es posible. Pero la tecnocracia presenta el problema como solucionable y esconde así su poder externamente constituido para convertir el principio socialista de la distribución en el enmascaramiento de una apropiación "clasista". Toda la ideología de los incentivos materiales de la Unión Soviética, debe entenderse en este sentido. Pero esta conversión del principio socialista de distribución en ideología de una burocracia, no es una consecuencia estrictamente necesaria de la vigencia del centralismo democrático en la dictadura del proletariado. El igualitarismo del comunismo chino y la insistencia del comunismo cubano en los incentivos no materiales nos lo comprueban. Hace falta por lo tanto, mantener en el análisis de las clases socialistas la estricta dualidad de la cual partimos. Estructuralmente, la burocracia externa del socialismo se instituye a partir del centralismo democrático. De esta estructura de clase, hay que distinguir el problema de la apropiación, que debe ser analizado a partir del principio socialista de la distribución que puede ser interpretado de manera extremadamente diferente por los distintos tipos de socialismo.

Pero según nuestro criterio, la conversión del poder de clase en poder de apropiación es secundario. Se trata primordialmente del problema de la estructura clasista como forma de legitimar el poder de coordi-

²¹ Trotsky op. cit., p. 105.

nación de la división del trabajo. Solamente en este plano el problema de la democracia socialista llega a ser candente.

Volvamos a partir de un análisis de Trotsky, que interpreta el surgimiento de una burocracia externa en el socialismo como consecuencia del hecho de que la revolución socialista tuvo lugar en un país atrasado —es decir subdesarrollado—. Por esta razón este primer socialismo necesita una segunda revolución que sería en favor de la democracia socialista. "El proletariado de un país atrasado ha debido hacer la primera revolución socialista. Es muy posible que tenga que pagar este privilegio histórico con una segunda revolución, contra el absolutismo burocrático".²² Ya en los primeros tiempos del stalinismo, Trotsky nota una tendencia a esta reivindicación de la democracia socialista. "La reivindicación de la vuelta del partido a la democracia fue en su tiempo la más obstinada y la más desesperada de las reivindicaciones de todos los grupos de la oposición".²³ Pero con el desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo, considera esta vuelta cada vez más necesaria: "Todos los indicios nos permiten creer que los acontecimientos conducirán infaliblemente, a un conflicto entre las fuerzas populares incrementadas por el desarrollo de la cultura y la oligarquía burocrática. Esta crisis no tiene solución pacífica. La burocracia soviética no abandonará sus posiciones sin combate; manifiestamente, el país se encamina hacia una revolución".²⁴ Pero Trotsky enfoca esta revolución como una revolución más bien política que no pone en cuestión las relaciones mismas de la producción. "No se tratará de cambiar las bases económicas de la sociedad, de reemplazar una forma de propiedad por otra. La historia ha conocido, aparte de las revoluciones sociales que han sustituido el feudalismo por el régimen burgués, revoluciones políticas que, sin llegar a los fundamentos económicos de la sociedad, derriban las antiguas formaciones dirigentes (1830-1848 en Francia, Febrero de 1917 en Rusia). La caída de la casta bonapartista tendrá profundas consecuencias sociales, pero se mantendrá dentro de los marcos de una transformación política".²⁵

En breves términos, Trotsky se pronuncia sobre el proyecto de esta revolución. "El arbitrio burocrático deberá ceder el puesto a la democracia soviética. El reestablecimiento del derecho de crítica y de una libertad electoral auténtica, son condiciones necesarias para el desarrollo del país. El reestablecimiento de la libertad de los partidos soviéticos, comenzando por el partido bolchevique y el renacimiento de los sindicatos están allí incluidos. En la economía, la democracia arrastrará la revisión radical de los planes en interés de los trabajadores. La libre dis-

²² Trotsky op. cit., p. 248.

²³ Trotsky op. cit., p. 101.

²⁴ Trotsky op. cit., p. 247.

²⁵ Trotsky op. cit., p. 248.

cusión de las cuestiones económicas disminuirá los gastos generales impuestos por los errores y los zigzags de la burocracia. En vez de las empresas suntuarias, Palacio de los Soviets, nuevos teatros, ferrocarriles subterráneos construídos para deslumbrar, se levantarán habitaciones obreras. Las "normas burguesas de repartición" serán estrictamente limitadas a lo necesario, para retroceder, junto con el crecimiento de la riqueza social, ante la igualdad socialista. Los grados serán abolidos. La juventud podrá respirar libremente, criticar, equivocarse y madurar. La ciencia y el arte se sacudirán de sus cadenas. La política extranjera renovará la tradición del internacionalismo revolucionario".²⁶

TOMA DE CONCIENCIA Y CONTROL DEL PODER

Todo el análisis de la crítica trotskista frente al problema de la burocracia en el socialismo, nos permite ahora formular los problemas fundamentales de la democracia socialista. El punto de partida: la necesidad del socialismo de seguir coordinando la división del trabajo a posteriori deja abierta la posibilidad objetiva del surgimiento de una nueva burocracia con legitimación externa en el sistema socialista. Esta posibilidad está siempre presente y no se la puede suprimir como tal. Presenta una posibilidad estructural no intencional resultante del mismo afán de suprimir a las clases. No reconocer esta posibilidad o negarla, contribuye solamente a su surgimiento dentro del socialismo. Toda la idea de la sociedad sin clases, por lo tanto, tiene que transformarse y junto con ello todo concepto de democracia socialista. El socialismo es una sociedad construída sobre el conocimiento racional de las leyes sociales, leyes sociales que no se toman en cuenta en la construcción del socialismo, se realizan no intencionalmente, convirtiéndose en leyes anónimas. La tendencia hacia la formación de una clase dominante en el socialismo a partir del cumplimiento de la función de coordinación de la división social del trabajo es precisamente una ley en este sentido. Una sociedad socialista que no la toma en cuenta cae necesariamente en manos de una clase dominante externa que la convierte en apéndice de sus intereses. Es una ley que fácilmente puede desprenderse del concepto marxista del surgimiento de la clase dominante.

La sociedad sin clases, por lo tanto, ya no se puede concebir en el sentido original del concepto límite. Hay que concebirla necesariamente como una sociedad en la cual esta tendencia continua a la formación de una "clase dominante" es contrarrestada. Es sociedad sin clases solamente en el grado en que logra convertir el poder económico y con ello el poder político, en articulación de la soberanía popular. No por eso desaparece como poder, pero surge como poder controlado y limitado.

²⁶ Trotsky op. cit., pp. 248-249.

Si bien el poder institucionalizado es por esencia represivo, el control popular está destinado a convertirlo, en lo posible, en poder instrumental. Vemos ahí ya la doble cara que tiene el concepto de la institución herramienta. En el uso por parte de las clases dominantes, es una ideología falsa que presenta el poder ilimitado y elitario de la clase dominante como una institución herramienta. En ese sentido la institución-herramienta como concepto ideológico, existe tanto en la definición personiana del poder económico y del poder político, como en las ideologías tecnócratas del tipo soviético. Por necesidad la institución es represión y no herramienta. Siempre cumple funciones, pero la especificidad institucional de cumplir funciones no se define por lo instrumental, sino por la arbitrariedad intrínsecamente posible del poder. Pero en la teoría de las clases, la instrumentalidad de la institución llega a ser precisamente el punto de partida de la crítica. La institución como especificidad tiene un marco de arbitrariedad represiva. La crítica y el control tienen como fin convertirla lo más posible en herramienta, en pura coordinación técnica de la economía. Pero el análisis de la no factibilidad trascendental del concepto límite permite desembocar otra vez en un concepto de una nueva sociedad sin clases. Desde un punto de vista realista, por lo tanto, la sociedad sin clases se la puede concebir solamente como una sociedad con poderes controlados. Los valores del control y de la crítica entonces, están directamente vinculados con la instrumentalidad de las instituciones y de los poderes que dan. Como poder central concebimos el poder de la coordinación de la división del trabajo. Las relaciones sociales de producción determinan la forma de este poder y la base a partir de la cual se forma como clase dominante. Vimos también, que en la coordinación a posteriori estos poderes necesariamente son represivos. La institución entonces no es simplemente herramienta, sino cumple su función a través de la represión de reacciones espontáneas que se le oponen.

La teoría de las clases desenmascara estos procesos, en los cuales ocurren deformaciones de la simple instrumentalidad de las instituciones. Critica los poderes con la pretensión de convertirlos, en lo posible, en puros poderes de coordinación. Apuntando hacia eso, su fin es doble: por una parte se puede expresar como racionalidad económica —racionalidad económica es pura instrumentalidad de la coordinación a partir de la igualdad general— y por otra parte se puede formular como equilibrio de valores —la igualdad real incluye la realización de todos los valores racionales de la sociedad. Tanto la racionalidad económica como el equilibrio de los valores tienen que pasar por el control continuo del carácter clasista de la sociedad para ser logrado. Entre los planos de la racionalidad económica y de los valores entonces, no hay contradicción, sino correspondencia. La lucha por el control de los poderes de coordinación de la división del trabajo es a la vez una de las líneas para asegurar la racionalidad económica.

En la teoría neo-liberal en cambio, se confunden estos planos. Allí la maximización ilimitada de las ganancias capitalistas es el punto de partida del concepto de la racionalidad, mientras que las correcciones introducidas por las luchas sindicales son desvirtuaciones de la racionalidad —eventualmente justificadas por razones doctrinales externas— al concepto mismo de la racionalidad. Pero esta racionalidad es de antemano un concepto clasista.

Este análisis nos obliga ir más allá de los conceptos leninistas de la democracia. Para Lenin, la dictadura del proletariado pasa a través de una ampliación gradual de las libertades; el control de las masas hacia la desaparición del Estado y con eso de la democracia como institución. No hay problema, por lo tanto, en cuanto a la formulación de la democracia socialista. Para Lenin este problema no tiene sentido, como lo expresa en "Estado y Revolución" hablando sobre la desaparición del Estado en el tránsito del capitalismo hacia el comunismo. Pero el Estado no muere y no tiende a morir. Mientras los hombres mueren, el Estado no muere ahora ni más adelante hasta aquel día en el que ya no exista la muerte para los hombres. Hay por lo tanto, un problema de democracia socialista y de la formulación de un proyecto de libertad socialista.

Como ya dijimos, la democracia socialista tiene que convertir el poder en articulación de la voluntad expresa de las masas. Esta no es la libertad de la aclamación ni del conformismo manipulado; es la libertad del control de la formulación de opiniones y de su expresión. En cuanto al control se basa en el antiguo concepto socialista del voto general, tan falsificado por las sociedades capitalistas y tan abandonado por las ideologías socialistas. Pero la base descansa en eso.

Voto general consciente no significa simplemente mecanismos electorales en base a la igualdad formal. Ese es sólo el punto de partida. Se trata de mucho más. Se trata de una desvinculación radical entre los poderes económicos y políticos y los medios de comunicación de opiniones. Hay un nuevo concepto de la libertad que nada tiene que ver con la libertad capitalista, ni tampoco con el monopolio del poder socialista sobre la formulación de las opiniones. Es el concepto de la autonomía de la expresión libre en función de las masas populares que ejercen el control electoral.

Para la burocracia socialista esta desvinculación tiene consecuencias poco deseables y muy combatidas. Denuncian por lo tanto, la reivindicación de libertad de opinión como una tendencia hacia el capitalismo. Pero no se trata en absoluto de eso. Desvincular los medios de comunicación de los poderes, significa entregarlos a las organizaciones de las masas y a las instituciones autónomas como universidades, academias de ciencias, etc. Pero incluye también su independencia de cualquier tipo de financiamiento directo parecido al financiamiento por la propaganda comercial, etc. Significa por lo tanto, convertir los medios de comu-

nicación en medios de concientización y eso es la entrega del control sobre la sociedad a aquellos que realmente deben controlar los poderes, los cuales pueden ser limitados a no ser más que una articulación funcional de la voluntad popular.

Esta democracia socialista de ninguna manera se contrapone a la ideología del progreso técnico infinito como tal. Solamente la remodela y le quita el carácter de una ideología de clase. Sigue teniendo al progreso técnico infinito como la base material de su ética de trabajo. Como tal, la actitud crítica de la democracia socialista tiene algunos valores intrínsecos que son meras consecuencias de la negación de los abusos típicos del poder de clases.

Su punto de partida es por supuesto la igualdad. En última instancia, la libertad de opinión autónoma es el vehículo por el cual se reivindica esta igualdad. Pero se trata de una igualdad real y por lo tanto, recibe sus contenidos de contradicciones históricas que se presentan en un momento dado. Es, en general, la crítica de la discriminación y de la limitación de las diferencias de ingresos hacia lo absolutamente necesario. Pero es a la vez la crítica que procura el equilibrio entre consumo social y consumo individual, excluyendo la expansión ilimitada del esfuerzo para el progreso técnico sobre el tiempo libre. Si bien sigue teniendo el progreso infinito como base del trabajo, la crítica tiene que impedir también que la sociedad sea un puro apéndice de una carrera hacia el progreso infinito.

En estos términos, la crítica, el control y la concientización son racionales. Nada tiene que ver con el concepto capitalista de la crítica. La crítica que parte de los valores capitalistas básicos es siempre un control que ejerce la clase dominante sobre la sociedad y, como tal, es manipulación. Pero también existe una manera de criticar el sistema capitalista que no parte de la visión del trabajo humano dentro del concepto de un progreso técnico ilimitado. En este sentido ya mencionamos anteriormente a Marcuse, quien principalmente considera el progreso infinito como un aumento irracional de medios de consumo artificiales. Desde esta perspectiva, el progreso infinito es simplemente insensato y la infinidad del hombre se convierte en la irracionalidad de un animal con un estómago infinito. Partiendo de esta visión, una posición crítica exige terminar con el progreso mismo y entregarse al goce humanizado de la abundancia alcanzada.

Pero la democracia socialista no es eso. Es más bien la expresión de la humanización del trabajo en una estructura que sigue siendo estructura enajenada a pesar de ser socialista. En esta visión el progreso infinito llega a tener un significado de humanización. Es la vinculación del trabajo actual con una utopía total cuya expresión es la conversión del trabajo enajenado en trabajo no enajenado, dentro del proceso de progreso infinito. Esa es precisamente la gran diferencia entre la con-

cepción del progreso infinito a partir del trabajo o a partir del consumo. El aumento constante e infinito del consumo lleva al concepto de un tope absoluto en el cual hay abundancia total y nada más. El concepto del trabajo infinito, en cambio, lleva a la idea de una renovación total de las formas sociales que condicionan el proceso a la enajenación. En este sentido, la comprensión del hombre, a través del trabajo trasciende a las estructuras, mientras que la concepción del hombre, a partir del consumo lleva a la pura irracionalidad de un consumo artificial infinito. Concienciando al hombre a través del trabajo, el proceso infinito del trabajo revela en forma de exterioridad la infinitud interior del hombre. Por lo tanto, como concepto trasciende a las estructuras enajenantes y su infinitud no es irracional como tal.

Pero el análisis de las clases muestra que la misma estructura socialista está más acá del trabajo infinito desenajenado. Sigue siendo, por lo tanto, una estructura contradictoria con la tendencia a producir una burocracia externa. Pero a pesar de ello, no es sencillamente estructura de clase en el mismo sentido usado en relación a la sociedad capitalista. La sociedad capitalista por definición, no puede evitar el surgimiento de una clase dominante externa; es por esencia sociedad de clase. La sociedad socialista más bien es una sociedad que tiene estructuralmente una chance de controlar sus poderes políticos y económicos y de reducirlos en una articulación de la voluntad de la base popular. Pero se trata de una chance y de ninguna manera de una necesidad intrínseca. Chance que solamente es aprovechable a partir de esta toma de conciencia: la coordinación a posteriori de la división del trabajo crea continuamente la posibilidad y la tentación de formar una clase dominante en el socialismo. Con ello cambia definitivamente el sentido del centralismo democrático. No podemos seguir confundiendo más con la democracia socialista. Se convierte en un principio, que puede tener vigencia en la estructura de un partido revolucionario antes de la toma de poder y —si se da el caso— un principio formador de una dictadura popular como tránsito a una estructura de democracia socialista. Pierde su carácter de proyecto histórico, que la ortodoxia marxista le da; se convierte en medida de emergencia, que hay que evitar en lo posible y eventualmente abreviarla lo más posible. Deja de ser el principio socialista de poder, que rige hasta la desaparición definitiva del Estado en el socialismo, sino es más bien un principio que, en caso de necesidad, rige el período de transición hasta la entrega definitiva del poder a la base popular dentro de las estructuras socialistas; ellas deben vigilar a los grupos que ejercen el poder. El proyecto histórico es por lo tanto: la democracia socialista, reconociendo así que la desaparición del Estado está a la larga, fuera de la factibilidad del movimiento socialista. Pasa a ser un concepto límite que racionaliza al progreso económico-técnico infinito.

Junto con eso desaparece la posibilidad de hablar de relaciones de

producción socialista sino únicamente de relaciones no-capitalistas de producción. No hay un socialismo, hay socialismos. La clasificación —por supuesto— es difícil, pero necesaria si se quiere evitar una etapa histórica de competencia por el socialismo "verdadero". Ya dentro del tal llamado campo socialista hay relaciones de producción extremadamente diferentes, no explicables como meras desviaciones del modelo verdadero ni tampoco por diferencias graduales entre los socialismos existentes. Las apreciaciones mutuas de los diferentes socialismos entre sí nos atestiguan que las diferencias son cualitativas. Se refieren principalmente al grado de exterioridad de las clases dominantes establecidas y a las formas de realización del centralismo democrático. El socialismo soviético seguramente ha ido más lejos en la formación de una burocracia externa, mientras que el igualitarismo chino produce una relación mucho más estrecha entre base popular y partido. Es distinta la interpretación cubana de la justicia socialista y su estrecha vinculación con la autoelección de los miembros del Partido Comunista y su designación a partir de las asambleas de trabajadores. Otra forma totalmente distinta, presenta el modelo yugoeslavo de la descentralización económica. Los mismos comunistas perciben estas diferencias como fundamentales, comprobando así que tienen estrecha vinculación con la estructura del poder en sus respectivos países. El igualitarismo chino es un peligro para la burocracia socialista soviética, y al revés el efecto de demostración de ésta puede destruir las bases del poder del PC chino, cuyo país económicamente no es capaz dando al gran aparato del partido, condiciones muy desiguales en relación a las masas. El socialismo yugoeslavo con su fuerte tendencia a la destrucción del centralismo democrático mismo pone en peligro el poder absoluto del PC soviético, y seguramente hay que entender la ocupación de Checoslovaquia, en parte, por lo menos por razones de este tipo. Checoslovaquia fue el primer país socialista orientado hacia la abolición del centralismo democrático mismo mediante el voto general y la libertad de prensa. La burocracia soviética establecida, tiene por lo tanto, razón en tener una ampliación de conceptos de este tipo: la pueden destruir desde el interior. A nuestro entender, se trata no solamente de un pluricentrismo del mundo socialista, sino de la constitución de diversos socialismos, cuyas diferencias hay que estudiarlas a partir de una teoría de las clases en el socialismo.

Todo este análisis de las clases que hemos realizado, descansa en una dualidad fundamental que Marx expresó en "El Capital" y que nos dio la pauta de la investigación. Se trata de la diferencia entre la coordinación a priori de la división del trabajo, por un lado, y la coordinación a posteriori de la coordinación del trabajo, por otro lado. Se trata de una dualidad entre estructura social contradictoria (como producto de la coordinación a posteriori) y un concepto límite nacido del mismo análisis de las estructuras contradictorias, trascendiéndolas. A nuestro

juicio, esta dualidad expresa, en último término, la llave para entender racionalmente todo el concepto marxista del hombre y de la sociedad.

Esta dualidad es simultáneamente la clave para la criticidad del pensamiento de Marx y para la fundamentación de su teoría de las clases. Insistiendo en esta dualidad, se insiste a la vez en la criticidad del pensamiento marxista en cuanto aplicado al sistema socialista mismo. En esta forma, sirve tanto para superar el capitalismo como para vitalizar el socialismo.